

ASALTO PARA TRES HOMBRES MANCOS

KEITH LUGER



Lefty Cameron se dijo que ya había metido en la maleta todo lo que necesitaba para hacer aquel viaje a París.

Durante algunas semanas, cuando recibió la invitación, estuvo vacilando, y hasta hubo momento en que decidió contestar negativamente. No, no iría a París, no aceptaría aquella invitación para celebrar el vigésimo aniversario de la Batalla de las Ardenas.

¿Qué le debía él a aquella batalla?

La pérdida de su mano, ése había sido su precio.

Su mano derecha había dejado de existir durante aquella batalla y ahora, en lugar de cinco dedos, poseía uno de aquellos miembros ortopédicos, de agudos pinchos, si bien era cierto que, gracias al miembro artificial, podía realizar casi todas las cosas que hacía antes con sus cinco dedos.



Keith Luger

Asalto para tres hombres mancos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 865

ePub r1.0
LDS 18.03.19

Título original: *Asalto para tres hombres mancos*
Keith Luger, 1967
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Lefty Cameron se dijo que ya había metido en la maleta todo lo que necesitaba para hacer aquel viaje a París.

Durante algunas semanas, cuando recibió la invitación, estuvo vacilando, y hasta hubo momento en que decidió contestar negativamente. No, no iría a París, no aceptaría aquella invitación para celebrar el vigésimo aniversario de la Batalla de las Ardenas.

¿Qué le debía él a aquella batalla?

La pérdida de su mano, ése había sido su precio.

Su mano derecha había dejado de existir durante aquella batalla y ahora, en lugar de cinco dedos, poseía uno de aquellos miembros ortopédicos, de agudos pinchos, si bien era cierto que, gracias al miembro artificial, podía realizar casi todas las cosas que hacía antes con sus cinco dedos.

Oh, sí, el cepillo de dientes. Eso era lo que le faltaba.

Como apuró tanto el plazo, se vio obligado a telegrafiar, y luego le había llegado la documentación por medio de una agencia. Su vuelo era el 708 con destino París.

Consultó el reloj. Aún le quedaban tres horas.

Encendió un cigarrillo con ayuda de su miembro artificial y quedóse mirando el metal brillante.

Se reuniría en París con otros como él que habían sufrido la pérdida de una pierna, de un brazo, de un ojo…

Bueno, ¿de qué se quejaba? Si Betty se había divorciado de él no era porque ella sintiese repugnancia por su mutilación. El motivo había sido su maldita costumbre de no saber detenerse cuando empezaba a beber *whisky*. Betty se lo había dicho un millón de veces: «Yo sé lo que te pasa a ti, Lefty. Tienes un complejo y por eso bebes».

Y era verdad. Tenía un complejo. Pero ¿quién no lo tendría con un miembro así?

Llevaba seis meses viviendo solo. No había vuelto a ver a Betty. Al principio, él se había dicho: «Si ella cree que la necesito, se equivoca. No necesito a nadie. Puedo vivir solo».

Instintivamente, se movió hacia la mesilla de noche donde estaba la botella de *whisky*.

Se detuvo. Bueno, ¿qué le pasaba ahora? ¿Por qué no bebía? Necesitaba un buen trago antes de dirigirse al aeropuerto.

Desenroscó el tapón de la botella y bebió.

El *whisky* le abrasó la garganta. En un momento se encontraría mejor y dejaría de pensar tonterías. No había visto París desde que, veinte años antes, lo llevaron a aquel hospital.

En París se divertiría mucho. Los franceses serían más encantadores que nunca, aunque lo estarían mucho más en primavera, y ahora era invierno. Demonios, debían haber celebrado la conmemoración de la Batalla de las Ardenas en abril. ¿No decían que abril en París era inolvidable?

De repente, el teléfono se puso a sonar.

No esperaba ninguna llamada.

Aquella misma mañana se había despedido de su socio Owen Dean. Entre los dos manejaban un negocio de patentes y marcas. Les iba bien porque tenían buenas relaciones con el extranjero. Ganaba más dinero del que podía gastar. Ésa era la verdad, y estaba pagando quinientos dólares mensuales a Betty, porque ése había sido el acuerdo entre sus abogados.

Bueno, debía de ser Owen que quería preguntarle sobre algún asunto pendiente.

—¿Sí? —dijo.

—¿Señor Cameron?

—Desde luego. ¿Quién llama?

—Soy Mary Stewart.

—¿Mary Stewart?

—Una amiga de Betty.

Lefty sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¿Qué le pasa a Betty?

—Quiero hablarle de ella, señor Cameron.

—Le he preguntado qué le pasa.

—Esté tranquilo, quiero decir que no es nada grave. Ella se encuentra bien de salud, pero…

—¿Pero qué?

—Señor Cameron, no se lo puedo contar por teléfono… Le diré dónde me puede ver.

—Disculpe, señorita Stewart, pero no puedo aceptar ninguna cita. Verá, dentro de un rato he de viajar a París…

—Lo siento por Betty…

Cameron consultó su reloj.

—Oiga, ¿dónde está?

—En la cabina de un bar. Se llama Estrella. Está en la calle 163 Oeste.

—Estaré ahí en quince minutos. Pero no podré concederle más de otros quince.

—Se me ocurre otra idea, señor Cameron. No hace falta que entre. Yo estaré en la puerta del bar y me meteré en su coche. Así lo acompañaré un rato y le contaré todo lo relacionado con Betty. Yo puedo bajar en el momento oportuno, si usted debe hacer ese viaje.

Cameron vaciló unos instantes al oír las últimas palabras. Al parecer, aquella mujer admitía la posibilidad de que él suspendiese su viaje a París.

Pero no era momento para discutir, ni para hacer más preguntas.

—Está bien, señorita Stewart. Voy para allá.

Cameron no olvidó su maleta.

Cinco minuto más tarde, conducía su coche hacia el bar La Estrella.

Nueva York estaba sufriendo uno de los inviernos más rigurosos de los últimos diez años. Había nevado durante la mañana, y ahora ya las calles habían sido despejadas. Sin embargo, no tardaría en volver a nevar.

Vio el anuncio de neón del bar. Una joven estaba en la acera, mirando en su dirección. Ella levantó una mano. Lo había reconocido.

Cameron paró el coche y abrió la portezuela.

La joven pasó al interior.

—Soy Mary Stewart.

—Mucho gusto —dijo él mirándola atentamente—. ¿Qué quiere decirme?

—Arranque…

Él puso el vehículo en marcha, sin prisa.

—Verá, señorita Stewart, tengo todavía un poco de tiempo. Mi avión no sale hasta dentro de dos horas…

—¿Tiene cigarrillos?

—Sí, claro, en la guantera…

—Estoy nerviosa.

—¿Por Betty?

—Y por usted.

La joven sacó el paquete de cigarrillos de la guantera y, al ponerse uno en los labios, dijo:

—Tuerza a la derecha. Hay un jardín un poco más adelante. Allí se puede estacionar y entonces hablaremos.

Cameron soltó un gruñido de asentimiento.

Poco después, Lefty vio el jardín, los árboles con sus carámbanos, el suelo cubierto de nieve, las farolas que derramaban una luz pálida. Era una estampa típicamente navideña.

En los bancos no había nadie.

Cameron arrimó el coche a la izquierda, frenó y cortó el contacto.

—Dígame, señorita Stewart.

Al mismo tiempo se volvió para mirarla y quedóse asombrado al ver que ella tenía en la mano una pistola con silenciador.

—Eh, ¿qué significa esto?

—Lo siento, señor Cameron, pero le tocó a usted.

Sonó un estampido, suave.

Cameron recibió el impacto en el pecho, golpeando contra la portezuela que estaba a su espalda.

Lefty abrió los ojos incrédulo.

—Pero… No entiendo… ¿Dónde está Betty?

—No sé nada de Betty. Nunca la vi, señor Cameron.

—Entonces, ¿por qué…?

—Ya se lo dije. Es necesario —dijo la mujer, e hizo un nuevo disparo, apuntando al corazón.

Esta vez, Lefty Cameron apenas se movió, porque ya estaba apoyado en el rincón del respaldo, sobre la misma portezuela.

La joven que había dicho llamarse Mary Stewart vio acercarse a un hombre hacia el vehículo por la proa.

Entonces ella abrió la portezuela.

El hombre asomó la cabeza. Se cubría con sombrero negro y con abrigo cuyo cuello estaba levantado.

—¿Salió bien? —preguntó.

—Todo perfecto —contestó Mary Stewart.

—Vamos, rápido. Dame lo que necesito.

Mary Stewart tenía las manos enguantadas. Registró el cadáver y fue sacando una cartera, un monedero, un sobre…

Aquel hombre lo examinaba todo muy aprisa mientras hablaba.

—Documentación, pasaje…

Su mano izquierda tenía cinco dedos, pero la otra era igual que la de Lefty Cameron, una mano ortopédica, de metal.

—Está bien, Mary. Te felicito… Lleva el cadáver al sitio convenido.

—No te preocupes.

—Yo me marcho. Sólo me falta su valija.

Aquel hombre que iba a sustituir a Lefty Cameron se hizo cargo de la valija perteneciente al muerto y luego echó a andar.

Subió a otro coche estacionado a unas treinta yardas.

Enseguida emprendió la marcha. Iba al aeropuerto Kennedy, y aquella misma noche viajaba en el vuelo 708, con destino París, bajo la identidad de Lefty Cameron, un hombre que estaba muerto, aunque la fotografía del pasaporte era ya otra.

CAPÍTULO II

Arthur Wisdon, con un martini en la mano, miró por la ventana.

La niebla era ahora más espesa en Londres.

Y lo malo era que en París también estaba lloviendo. Un hombre en la TV, quince minutos antes, había informado sobre el estado del tiempo en toda Europa. En París había nevado durante las primeras horas de la mañana.

Bueno, ¿qué tiempo podía esperarse a finales de diciembre? Todo aquello de que era un invierno riguroso, se le antojaban pamplinas. Los inviernos siempre eran fríos. Para eso existía el invierno.

Rió ante su propio pensamiento. No era nada pro fundo, sino muy vulgar, ¿no había llegado a la conclusión de que las vulgaridades eran en realidad esencias de los procesos mentales?

Había aceptado ir a París el mismo día que llegó a su poder la invitación. Tenía el mismo derecho que otro para celebrar la Batalla de las Ardenas. ¿No había sido una victoria para los aliados?

A él le faltaba un miembro, que ahora sustituía por una mano ortopédica.

Sí, era un mutilado. Pero lo había podido contar. ¿Cuántos miles de sus compañeros descansaban el último sueño en suelo francés? ¿Y en qué se habrían convertido durante aquellos veinte años? Polvo eres y al polvo vuelves…

Infiernos, no estaba del mejor humor para emprender el vuelo a París.

Bien, había llegado el momento de hacer aquella llamada al aeropuerto.

Marcó el número y, cuando estableció la comunicación, dijo:

—Señorita, soy pasajero del vuelo 404 a París. Sólo quería

preguntarle si se va a realizar ese vuelo.

—Sí, señor —le contestó la joven.

—¿A la hora convenida?

—Desde luego.

—Muchas gracias.

Arthur Wisdon colgó y apuró el contenido de su martini. Había sentido temor de que el vuelo se suspendiera. Estaba deseoso de llegar a París. Hacía exactamente siete años que no iba por la capital francesa. Tenía un buen recuerdo de aquel viaje. Denise se había comportado con él de forma maravillosa.

Pero ¿se acordaría de él Denise…? ¿Por qué no?

Bueno, de todas formas, si le fallaba Denise, estaba Brigitte, o Jeanne o Danielle…

Había llegado el momento de emprender la marcha.

Descolgó de nuevo el teléfono y marcó un número.

—Por favor, necesito un taxi. Mi dirección es calle Bakefield, 224… Estaré esperando en la calle. He de ir al aeropuerto… Gracias.

Dudó en servirse otro martini.

Sería preferible que lo bebiese en el bar del aeropuerto.

Tomó su valija, apagó la luz y salió.

Bajó en el ascensor y el encargado, el señor McClellan, sonrió.

—¿De viaje, señor Wisdon?

—Sí, a Francia.

—Caramba, por su sonrisa creo que se va a divertir.

—Sí, McClellan, esté seguro de ello.

—Ahora recuerdo haber leído algo sobre ese aniversario. ¿No fue la Batalla de las Ardenas…? ¿Fue allí…?

El señor McClellan se interrumpió mirando la mano metálica de Arthur, con la que éste sostenía la valija.

—Sí, señor McClellan —contestó Arthur al ver que el encargado se había interrumpido—. Fue allí donde me dejaron manco. Pero no lo siento, ¿sabe? Mi herida me ha servido de mucho. Yo diría que, gracias a ella, he triunfado en la vida.

El encargado sonrió de manera estúpida.

—Hasta la vuelta, McClellan —le ayudó Arthur.

—Buen viaje, señor Wisdon.

Arthur salió a la calle.

La niebla era cada vez más espesa.

Vio los dos faros de un auto que se aproximaba. Pensó que sería el taxi, pero el vehículo pasó de largo.

Dejó la valija en el suelo y encendió un cigarrillo.

Los faros de otro coche taladraron la niebla. Esta vez el vehículo aminoró la marcha arrimándose al bordillo de la acera. Sí, era el taxi.

Wisdon abrió la portezuela y se introdujo en el interior con su valija.

—¿Al aeropuerto? —preguntó el taxista sin volver la cabeza.

—Sí, eso es.

El taxi empezó a correr.

Arthur Wisdon dio un suspiro. Durante una semana estaría a salvo de aquel trabajo prosaico que desempeñaba en las Oficinas de Harrison y Harrison, agentes de Bolsa.

Al diablo con las ganancias y las pérdidas de las acciones. En lo que a él se refería, se podían hundir todos aquellos tipos podridos de dinero. Eran sus vacaciones y eso era lo único que le importaba.

En realidad, era un hombre de posibilidades intactas, gracias a que se había mantenido soltero, y lo estaría por mucho tiempo. Aunque, bien mirado, llegaría un momento en que necesitaría la compañía de una mujer. ¿No tenía ya canas en las sienes? Sus cuarenta y dos años no le permitirían muchas vacaciones como aquéllas. Al infierno, tan lúgubres pensamientos. ¿Qué pasaba con el coronel Mac Gregor? Estaba ya cerca de los sesenta y seguía disfrutando de la vida. ¿Por qué? Porque no se había casado.

Sonrió pensando en Denise, en Brigitte, en Danielle. No, no consideraba una leyenda la de que las francesas son los mejores juguetes para el amor. Él lo sabía bien. ¿Qué juguete le correspondería esta vez? Votaba, sin lugar a dudas, por Denise. Era la mejor.

De pronto notó que el taxi se desviaba hacia la derecha, por un camino. Había abandonado la avenida.

—Eh, ¿por qué va por ahí?

—Están haciendo reparaciones más adelante —contestó el taxista sin volver la cabeza, como antes.

—Ya —dijo Arthur Wisdon, y se entregó de nuevo a sus picantes recuerdos.

El taxi comenzó a detenerse.

—¿Pasa algo? —preguntó Arthur.

—El motor.

—No me diga que es un fallo…

—No se preocupe, no es nada importante.

—Pero yo debo ir al aeropuerto.

—Claro que irá. Sólo se trata del condensador. En un momento lo soluciono.

—¿Por qué no lo miró antes?

—Ya sabe cómo son estas cosas. Uno confía que no pasará nada…

El taxi se detuvo.

El conductor bajó del vehículo y abrió la portezuela del compartimiento de pasajeros de la izquierda.

—¿Lo ve? Ya está arreglado.

Wisdon, asombrado, vio que el taxista lo estaba apuntando con una pistola provista de silenciador.

—Oiga, pero ¿qué diablos…?

El arma fue disparada.

Arthur Wisdon sintió el impacto de la bala en el estómago. Se inclinó y golpeó la cara contra el respaldo del asiento delantero.

—Dios mío… —dijo.

Volvió la cabeza hacia el hombre que estaba en el hueco de la portezuela.

—Pero ¿qué hace? Si quería mi dinero…

—No es su dinero lo que quiero, señor Wisdon.

—¿Qué es entonces…?

El hombre que había conducido el taxi dejó ver ahora su otra mano, la derecha, que había mantenido escondida hasta entonces.

Wisdon parpadeó como si no quisiese dar crédito a lo que estaba viendo.

Aquel hombre era un mutilado como él y le faltaba la misma mano, y tenía en su lugar un artilugio metálico.

—Pero no comprendo… —murmuró Arthur, mientras daba una arcada.

Su verdugo apretó otra vez el gatillo.

La segunda bala entró más arriba que la primera, justo en el pecho.

Arthur Wisdon puso los ojos en blanco y se deslizó del asiento hasta el suelo.

—Lo siento, amigo, pero nunca lo comprenderás…

Guardó la pistola, y se puso a registrar el cadáver. De vez en cuando, examinaba los objetos que iba sacando. La cartera con la documentación, el pasaporte…

Una hora más tarde, en el vuelo 404 Londres-París, viajaba un hombre que ocupaba el lugar de Arthur Wisdon, empleado de una oficina de la City, la de los agentes de Bolsa Harrison y Harrison, aunque la fotografía del pasaporte era ya otra.

CAPÍTULO III

Philippe Banzet besó en los labios a la joven que tenía entre sus brazos, Françoise Lotler.

—No quiero que te vayas, Philippe.

—Será por poco tiempo.

—¿Llamas poco tiempo a una semana?

Philippe Banzet esbozó una sonrisa. Le gustaba mucho aquello de que Françoise le echase de menos.

—Eres una chica maravillosa, Françoise.

Fue a besarla otra vez, pero ella se retiró bruscamente y él se quedó con su mano ortopédica en el aire, aquel artilugio de metal.

Durante muchos años, Philippe había sentido un gran complejo. Se había apartado de las mujeres porque pensó que a ellas les repugnaría verlo con aquella mano metálica.

Durante ese tiempo, sólo tuvo una preocupación. La de ganar dinero, porque pensó que sólo con muchos billetes dejaría de ser repugnante a las bonitas chicas que él hubiese deseado tener a su lado.

Al cabo de algunos años de dura lucha consiguió reunir unos cuantos millones. Claro que, los medios de que se valió para ello no habrían merecido la aprobación de las llamadas personas honestas.

Sus ingresos los debía al tráfico con drogas.

¿Qué importaba la mercancía si era la mejor para obtener el dinero más rápidamente y en cantidad?

Sí, cuando Philippe tuvo el dinero, las mujeres acudieron a su lado. Pero sólo pasaba determinado espacio de tiempo con ellas, ya que cuando él observaba que hacían algún gesto de contrariedad por su miembro artificial, las despachaba sin la menor vacilación.

Sin embargo, ahora estaba dispuesto a jurar que Françoise era

muy distinta a todas las amigas que él había tenido hasta entonces.

Nunca había observado en Françoise el menor gesto de repugnancia. ¿Sería que Françoise estaba realmente enamorada de él? Sí, eso podía ser. ¿Por qué no?

—Volveré en siete días, Françoise, y te traeré un hermoso recuerdo de París.

—¿Por qué no me llevas contigo?

—¿Cómo?

—He dicho que me lleves contigo.

Ella se volvió con un gesto desafiante. Era una expresión que a Philippe le hacía mucha gracia.

—No puedo, querida.

—¿Por qué no puedes?

—Se trata de los actos de la conmemoración de la Batalla de las Ardenas.

—Eso ya lo sé.

—Quiero decir que pronunciarán discursos, que se celebrarán muchos actos, que iremos de un sitio a otro, y que todo eso es muy pesado para una mujer.

—Yo lo soportaré.

—No. Olvídalo.

—¿Por qué he de olvidarlo? ¿Por qué no me llevas?

Philippe arrugó el ceño.

En realidad quería aprovechar aquel viaje suyo a París para llegar a un acuerdo con Roger Vaucher, más conocido en ciertos ambientes por el Demonio. Roger Vaucher era el amo de la distribución de drogas en París, y daba la casualidad de que Roger Vaucher no le dejaba que introdujese ni un miligramo de droga en la capital de Francia. Vaucher y él se habían hecho la guerra durante mucho tiempo, pero le habían llegado buenos informes de su agente en París. Vaucher estaba de acuerdo en colaborar en determinadas condiciones. Por tal motivo, era necesario que él y Vaucher celebrasen una reunión para establecer las bases de una posible sociedad.

Philippe se levantó del sofá y fue hacia una ventana, desde donde se podía observar los minaretes de Estambul. Había vivido en la ciudad desde hacía seis años. Le gustaba viajar muy poco, lo imprescindible para asegurar su negocio. Pero, ahora, le seducía

aquel viaje a París, que podía ser la base para abarcar más territorio.

Françoise se acercó por detrás de él y le pasó los brazos por la espalda.

—Philippe, no te serviré de molestia.

El levantó la cabeza cuando ella le acarició por detrás de la oreja, en el cuello.

—Nena, no sigas.

—¿No te gusta?

—Me gusta demasiado. Pero he de tomar el avión dentro de una hora, y no es el momento para que tú hagas eso.

—Puedo continuar haciéndolo en París.

Él se volvió bruscamente.

—He dicho que no te llevo. Tengo muchas cosas que hacer allí.

Ella hizo un gesto enfurruñado y él le cogió la barbilla con la mano de cinco dedos.

—No te preocupes, Françoise. Te llamaré todas las noches.

—Está bien.

—No quiero que te muevas de aquí.

—¿Tampoco puedo ir de compras?

—Tampoco. Soy un hombre muy celoso.

—Entonces no me dejes sola.

—¿Por qué has de volver siempre sobre lo mismo? —dijo Philippe con voz agria y se apartó de la joven.

Pasó junto a unas valijas y abrió una puerta.

Al otro lado, sentado en una silla, había un hombre que se cubría con un traje blanco.

—Michel, nos vamos ya.

—Sí, señor Banzet.

Françoise corrió al lado de Philippe y le abrazó.

—No te enfades, Philippe. Si nos despidiésemos así, sufriría mucho.

Él se volvió sonriendo.

—Está bien… Anda dame un beso.

Ella lo besó con la boca abierta y él levantó la mano metálica y se la puso en la espalda. Sintió cómo Françoise se estremecía y retiró el artilugio metálico rápidamente.

—Hasta la vuelta, querida.

—¿A qué hora llamarás esta noche?

—No lo sé. Dependerá de muchas cosas.

—Es igual. Te esperaré despierta hasta que llames.

—Cuídate, Françoise.

—Tú también, Philippe.

El hombre del traje blanco entró en la habitación y atrapó una valija. Luego volvió a pasar junto a Françoise y Philippe, que se estaban besando otra vez.

Philippe se apartó por fin de Françoise y siguió a su empleado Michel.

Minutos después, uno de los coches de Philippe, conducido por Michel, rodaba hacia el aeropuerto.

En el asiento trasero, Philippe Banzet se relajó.

Quizá le había llegado el momento de casarse y tener hijos. Naturalmente, sólo se casaría con Françoise. Era una buena chica. Realmente, ella lo reunía todo, ya que resultaba bella, atractiva y educada. Françoise nunca lo dejaría en ridículo. Tendría que pensarlo seriamente. ¿Y qué momento mejor que aquellas vacaciones?

De repente, el coche se detuvo:

Philippe se dio cuenta de que se encontraba en una callejuela.

—Michel, ¿qué ocurre?

Michel se revolvió en el asiento delantero. Tenía un revólver en la mano.

—Aquí termina su viaje, señor Banzet.

Philippe arrugó el ceño.

—Eh, Michel, ¿qué te pasa?

—Va a bajar.

—¿Por qué? Esto no es el aeropuerto.

—No haga chistes, claro que no es el aeropuerto.

—Michel, ¿es que te has vuelto loco?

El empleado esbozó una sonrisa.

—No, señor Banzet, no me he vuelto loco. Se lo puedo asegurar…

Philippe estaba desconcertado. No entendía la actitud de Michel. Lo había empleado un par de años antes. Era un buen gorila, el mejor que había tenido. Años atrás Michel había sido luchador de *catch*, y más bien, cuando abandonó el cuadrilátero, perfeccionó su

estilo con la pistola.

Michel bajó rápidamente del auto, y abrió la portezuela del lado posterior.

—¿Es que no me ha oído, señor Banzet? Baje.

—¿Para qué?

—Lo sabrá enseguida.

Philippe sintió que la cólera le llenaba el pecho. Sin embargo, leyó en los ojos de Michel que no era momento para discutir.

Bajó.

La calle estaba solitaria.

—Entre en esa casa —dijo Michel, señalando la puerta que había a la derecha.

—Espera, Michel. Lo podemos arreglar.

—No.

—Ya sé de lo que se trata, Michel. Te has puesto de acuerdo con otras personas para secuestrarme… Muy bien, tú ganas. Te pagaré el precio que sea.

—Cierre la bocaza y obedezca.

—Si me dejas en libertad ahora, sólo tú cobrarás el precio del rescate. No tendrás que repartir con nadie.

Michel le pegó con el cañón del revólver en el pómulo.

Philippe retrocedió estrellando las espaldas contra el guardabarros.

—Obedezca. ¡Maldita sea! —dijo Michel con los dientes apretados.

—Está bien. Pero lo vas a pagar.

Philippe se pasó la mano por la mejilla donde había recibido el golpe. El cañón del revólver le había hecho una grieta de la que manaba sangre.

La puerta de la casa estaba abierta.

Philippe se encontró en un portal rectangular, al final del cual vio una escalera.

Se volvió hacia Michel.

—¿Tengo que subir?

—Al primer piso.

—¿Estás seguro de lo que haces, Michel?

—Claro que lo estoy… Ande, suba.

Philippe ascendió por la escalera. En la primera planta había dos

puertas. Una a la derecha y otra a la izquierda.

—Abra la puerta de la derecha —ordenó Michel.

Philippe la abrió.

La habitación estaba sumida en la penumbra porque las persianas de las ventanas estaban echadas.

Philippe parpadeó tratando de ver lo que había allí dentro. Algo se movió en el fondo.

Era un hombre de su talla. Fumaba un grueso habano.

—¿Qué tal, señor Banzet? ¿Hizo buen viaje?

—¿Quién es usted? No lo he visto en mi vida.

—Sí, eso es cierto. No me ha visto, pero tenemos algo en común.

Philippe recordó las luchas que había sostenido con los competidores. Había conocido a muchos de ellos… A Peter Larsen, un americano que, cinco años atrás, trató de expulsarlo de Estambul. Eddie Dalton, un inglés con mucha flema que durante el transcurso de una noche tormentosa quiso levantarle la tapa de los sesos… A todos los había vencido, a turcos, a armenios, y a occidentales. Pero no recordaba al tipo que tenía delante.

—¿Con quién trabaja usted? —preguntó Philippe.

—Tengo otros dos socios.

—¿Quiénes son?

—Si le dijese sus nombres, no serviría para nada. Tampoco los ha visto a ellos.

—Usted habló de que tenemos algo en común.

—Le demostraré lo que tenemos en común, señor Banzet.

Entonces el individuo dejó ver su brazo derecho.

Philippe vio asombrado que le faltaba la mano y que en lugar de ella tenía un artilugio metálico, exactamente como el suyo.

—¿Quién es usted? ¿Qué quiere?

—No hace falta que le diga mi nombre, pero le diré lo que quiero —el desconocido hizo una pausa—. Quiero su personalidad.

—¿Mi qué?

—Su personalidad, señor Banzet. Necesito ser Philippe Banzet durante unos días.

—¿Para qué?

—Eso tampoco lo va a saber.

—Ya lo imagino.

—¿De veras?

—Quiere ocupar la jefatura de mi organización, sustituirme. Por eso se buscó la ayuda de este traidor, de Michel. Muy bien, le voy a ahorrar el trabajo.

—¿Sí?

—Estoy dispuesto a pagarle una buena cantidad.

—No me sirve, y debo decirle que está usted completamente equivocado. No me interesa en absoluto su organización, señor Banzet, ni pretendo robar un solo franco de sus ingresos. Lo mío es más importante.

—No lo entiendo.

—Ya supuse que no lo comprendería…

El individuo dejó ver ahora la otra mano. Manejaba una pistola provista de silenciador.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Philippe asustado.

—Esto —dijo su interlocutor y disparó.

Sonó un estampido suave, pero Philippe se tambaleó como si hubiese sido alcanzado por un obús. Ello fue debido a la escasa distancia que mediaba entre el agresor y la víctima.

La bala había sido certera, ya que penetró justamente en el pecho a la altura del corazón.

Philippe cayó en el suelo, se estremeció unos segundos y, finalmente, quedó inmóvil.

—Michel —dijo el hombre que había disparado—. Comprueba si está muerto.

—Sí, señor.

Michel se agachó sobre su jefe y le tomó el pulso.

Transcurrieron unos segundos, y Michel alzó la cara.

—Está muerto —dijo.

El hombre lo estaba apuntando con la pistola, justamente entre los ojos.

—Gracias, Michel —dijo e hizo fuego por segunda vez.

Michel se desplomó con la cabeza reventada.

Aquel hombre dio un suspiro y guardó la pistola en la axila.

Entonces se arrodilló junto a Philippe y le fue vaciando los bolsillos.

Cuarenta y cinco minutos más tarde, Philippe Banzet viajaba desde Estambul hacia París, aunque ahora Philippe Banzet tenía otra cara, la que correspondía a la fotografía de su pasaporte.

CAPÍTULO IV

—¿Pase, señor? —dijo el soldado.

El hombre que tenía delante frisaba en los veintiocho años de edad, y era alto, moreno. Defendía sus ojos con gafas de carey. Llevaba una gran cartera en la mano derecha y se puso a buscar en los bolsillos.

—Sí, el pase… Demonios, no está aquí… Tendrá que dejarme entrar…

—¿No sabe que para entrar se necesita un pase?

—Lo tenía cuando salí de casa. Estaba firmado por el general Duhamel…

—Sí, ¿eh? Y yo tengo un pase firmado por el general De Gaulle. Lo utilizo cuando estoy de servicio y tengo que salir con mi novia.

—¿Es que no me cree que me firmó el pase el general Duhamel?

—No, no lo creo.

—¿Y por qué no lo cree?

El soldado dio un suspiro.

—Oiga, el general Duhamel es el jefe de la Investigación Estratégica.

—Ya lo sé.

—¿Qué tiene usted que ver con el general Duhamel?

—Soy Paul Girard y traigo unos planos.

—No me diga —dijo el soldado con voz sarcástica, y agregó—: ¿Los planos de un nuevo proyectil…? ¿O es el del satélite que va a competir con los americanos y los rusos?

Paul Girard siguió buscando en los dos bolsillos, pero debido a la cartera, se puso en una posición muy incómoda.

Perdió el equilibrio y retrocedió un escalón.

Fue catastrófico porque tropezó con una persona que llegaba, y

ambos cayeron al suelo.

Paul oyó un grito femenino y, al volverse, encontró una joven de unos veinticuatro o veinticinco años. Era una bonita morena, de ojos muy grandes, color azul.

—¿Es que no sabe lo que hace? Mire lo que ha hecho —ella estaba señalando su bolso, el cual se había abierto desparramando por la escalera la polvera, el lápiz labial, un pañuelito de fina batista…

—Disculpe, pero no la vi… Ahora mismo la ayudo.

La joven se cubría con falda y chaqueta de color verdoso.

Paul cogió lo primero que vio, un esenciero.

—No hace falta que me ayude —exclamó la hermosa joven.

Paul apretó en mal sitio el esenciero porque brotó un líquido que espolvoreó la cara de la joven.

Ella cerró los ojos y dio un chillido.

—Oh, perdone —dijo Paul.

—¡Deje eso en el suelo! ¡Yo me ocuparé de todo…!

—Creo que su falda no le permite estar demasiado tiempo agachada.

—¡Deje mi falda tranquila!

—Si yo la dejo tranquila —repuso él hecho un lío—. ¡Demonios! ¡Ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tiene? —preguntó ella.

—Mi tarjeta. Mírela. Se había caído en el suelo. Es el pase para que ese soldado me deje entrar…

—¿Va a entrar en ese edificio?

—Sí —sonrió él—. ¿Quiere que la acompañe?

—No, de ninguna forma quiero que me acompañe.

—Le da demasiada importancia a un accidente casual, señorita.

La joven sacudió la cabeza.

—Sí, tiene razón. Y ahora, adiós.

Paul señaló los objetos que estaban desparramados por los escalones.

—¿De veras no quiere qué…?

—¡No, no quiero!

Paul Girard se acercó al soldado que había estado contemplando la escena.

El soldado tomó el pase.

—Caramba, ¿por qué no dijo antes que venía a ver al general Duhamel y lo hubiese dejado entrar?

Paul obsequió al soldado con una sonrisa y entró en la Sede de la Investigación Estratégica del Ejército Occidental.

Se encontró en un *hall*, en donde las voces y los pasos resonaban con gran eco.

A la derecha se ubicaba, en forma de semicírculo, la oficina de información, con media docena de empleadas. Al fondo de este semicírculo se veía una gran cristalera y, a través de ella, a las empleadas del servicio telefónico. Era curioso ver a las telefonistas operar, mover los labios sin que llegase ningún ruido al exterior.

Paul Girard se acercó a una de las jóvenes, una rubia de mejillas hundidas.

—Disculpe, soy Paul Girard.

En aquel momento sonó un teléfono, y la empleada que lo había recibido con una sonrisa, atrapó el auricular.

—¿Sí…? Lo siento, coronel Lagasse, pero el general Bramson se encuentra en este momento en una recepción dedicada a los combatientes de la Batalla de las Ardenas. No podrá atender su llamada en una hora… Sí, coronel. Tomo noto ahora mismo…

La rubia colgó el auricular en la horquilla.

—¿En qué puedo servirle?

—Soy Paul Girard —repitió el joven—. Vengo a hablar con el general Duhamel.

—Lo siento, pero el general Duhamel no podrá recibirlo ahora.

—Pero es que yo tengo hora de visita.

La joven miró a Paul con escaso interés.

—¿Hora de visita? ¿Cuándo se la dio?

—La semana pasada, exactamente el martes pasado.

—¿Y le dijo que viniese ahora?

—Sí.

—¿A qué hora?

—A las once. —Paul consultó su reloj y miró otra vez a la rubia —. Son las diez y media, pero yo soy muy puntual en mis citas…

—Lo siento, señor Girard, pero seguramente habrá un error.

—¿Un error dice?

—El general Duhamel toma parte en un acto muy importante. Esta mañana han llegado de visita a nuestro edificio más de

doscientos invitados que asisten a la celebración del vigésimo aniversario de la Batalla de las Ardenas.

—Sí, ya lo oí. Pero el general Duhamel no puede haberme olvidado.

—Lo siento, señor Girard. Hay cosas que son insalvables. Estoy segura que el general Duhamel lo citó a usted sin tener en cuenta el acto que se iba a celebrar hoy…

—Sí, me hago cargo, pero es que yo debo insistir. No creo que el general Duhamel me haya olvidado.

La joven dio un suspiro como si se encontrase con un problema ya conocido.

—Está bien, señor Girard. Lo enviaré ante el mayor McKenna.

—¿Mayor McKenna?

—Es una persona que está muy cerca del general Duhamel. El mayor McKenna le podrá dar una respuesta más concisa con respecto a su consulta. Suba al tercer piso. Es el despacho 118…

—Pero es que yo… —empezó a decir Paul.

La joven le obsequió con otra sonrisa y se movió para atender a un hombre muy alto que pedía información.

Paul se apartó del mostrador y encaminóse hacia uno de los ascensores que estaba vomitando gente.

Había muchas personas esperando.

En cuanto la jaula se desocupó, todas ellas se dispusieron a entrar.

Algunos lo hacían demasiado precipitadamente y tenían que pedir disculpas.

Paul Girard estaba preocupado. ¿Y si fuese otra vez a hablar con aquella rubia? Era imposible que el general Duhamel hubiese olvidado su cita. Dio la vuelta para salir del ascensor y en ese momento entró una mujer y ambos chocaron.

La mujer cayó al suelo, fuera del ascensor.

Era la misma morena con la que había tropezado en la escalera del edificio.

Ella puso unos ojos como platos.

—¿Otra vez usted?

—Disculpe —dijo Paul, y le dio la mano para ayudarla a levantarse.

—Pero ¿está usted ciego?

—No, sólo miope. Además, esta vez tuvo suerte. No se le abrió su bolso. Mire. —Paul cogió triunfante el bolso del suelo y fue cuando se abrió y todo su contenido se desparramó.

El encargado del ascensor dijo:

—Nos vamos para arriba. Voy a cerrar.

—Espere un momento —dijo Paul.

La joven estaba recogiendo muy aprisa sus pertenencias, las cuales arrojaba dentro del bolso sin orden.

Paul le abrió paso. Saltó a su lado para que ella entrase en el ascensor y él también lo hizo.

Volvieron a chocar, pero esta vez la joven no pudo caer porque había mucha gente allí, y estaban aprisionados.

Ella volvió la cabeza y miró a Paul Girard con los dientes apretados.

—¿Qué decía su horóscopo hoy?

—¿Mi qué?

—Su horóscopo, ¿o no sabe lo que es eso?

Paul parpadeó.

—Caramba, no lo leí.

—¿Cuándo nació usted?

—En mil novecientos treinta y ocho.

—Me refiero al día, al mes…

—Diecisiete de marzo.

—Piscis.

—¿Cómo?

—Su signo del zodíaco es Piscis.

—Si usted lo dice…

—No soy quien lo dice —exclamó la joven rabiosa—. Si usted nació el diecisiete de marzo, es Piscis.

—Está bien. Soy Piscis. No se enfade.

La joven se quedó pensativa unos instantes y luego dijo:

—Lo que me suponía.

—¿Pasa algo malo?

—¿Sabe lo que dice su horóscopo para el día de hoy? Oh, no, claro que no lo sabe. Ya me ha dicho que no le interesa eso. Se lo diré yo.

—Muy amable.

—Clima tenso, contratiempo y discordias te acechan.

—¿Todo eso dice Piscis?

—Sí, señor. Todo eso y algo más.

—No me irá a decir que estoy a punto de morirme… Estoy muy sano. Me hicieron un reconocimiento hace tan sólo un mes. Mi salud es perfecta.

—No. Su horóscopo para hoy no dice que se va a morir.

—Estupendo.

—Pero le dice algo mucho más importante.

—¿Qué cosa?

—Que evite meterse en asuntos ajenos.

—Muy bien. No me meteré en asuntos que no me interesen.

—Entonces le voy a pedir un favor. ¡Olvide que yo existo!

—Sí, señorita. Desde luego. Cuente con ello.

Paul Girard se dio cuenta de que habían pasado de largo del tercer piso.

—¡Eh, que yo tengo que bajar en la tercera planta!

Pero ya era demasiado tarde. Bajó en la quinta, más que nada por el impulso que recibió de la gente. Estuvo a punto de perder la cartera, pero logró agarrarla antes de que cayese en el suelo.

Al mirar a su alrededor ya no vio a la joven. Bueno, probablemente ella habría continuado viajando en el ascensor.

Al fondo oyó un ruido de vasos y platos. En aquella planta había una cafetería.

Fue al mostrador y tomó un café.

Después de pagar se fue hacia la escalera. No, no bajaría otra vez en el ascensor, porque pensó que si se metía allí, nunca llegaría a la tercera planta.

Una vez en el tercer piso, se encaminó por el largo corredor donde había puertas con rótulos.

Por fin abrió la puerta del despacho 118.

Un hombre de cabello cortado a cepillo estaba tecleando una máquina.

—¿Mayor McKenna? —inquirió.

—Sí, aquí es. ¿Tiene hora acordada?

—No tengo cita acordada con el mayor McKenna, pero sí la tengo con el general Duhamel.

Aquel hombre de cara ancha agrandó los ojos.

—¿Con el general Duhamel?

—Sí —dijo Paul—. ¿Es que el general Duhamel no recibe a ninguna persona?

—Sí, desde luego. Pero ha de ser una persona muy importante.

—Eso quiere decir que yo soy una persona muy importante, ¿no le parece?

—Disculpe. Pero será mejor que hable usted con el mayor McKenna. Usted fue quien preguntó por él. Es a esa persona a la que quería ver.

—Está bien.

El hombre del cabello casposo se levantó y fue hacia una puerta de donde se leía: «Mayor McKenna».

Dio unos golpecitos en la puerta y pasó al interior.

Al cabo de unos segundos, salió diciendo:

—El mayor McKenna le espera.

—Gracias por todas sus amabilidades.

—No fue nada.

Paul echó a andar muy aprisa y entró en el despacho del mayor McKenna.

Una mujer estaba sentada tras una mesa consultando unos papeles.

Paul se detuvo como si hubiese metido los pies en melaza.

—Dígame —dijo ella y levantó la cara.

Era la joven con quien Paul Girard había tropezado dos veces, en la escalera y en el ascensor.

CAPÍTULO V

—¿Usted…? —exclamó la joven.

—Sí, soy yo.

—No puede ser…

—¿No me recuerda? Soy Piscis.

—Déjese de bromas.

—No estoy gastando ninguna broma. Fue el nombre que usted me dio.

—Salga de aquí inmediatamente.

—¿Es usted el mayor McKenna?

—Sí, soy el mayor McKenna.

—Entonces, tengo que hablar con usted, aunque no sea de su gusto.

—¿Cómo?

—Me dijeron que tenía que hablar con usted, mayor.

—Entiendo. Es una nueva forma de conquistar. Tropieza con las mujeres, las arroja al suelo y de esa forma entabla relación con ellas.

—Se equivoca. No hice eso intencionadamente. Y usted debería saber eso mejor que yo, puesto que leyó mi horóscopo esta mañana… ¿No lo recuerda? Clima tenso, contratiempos me acechan.

—Cállese.

—Usted preguntó y yo conteste.

La joven apretó los puños sobre la mesa.

—¿Qué tiene que decirme? ¡Hable pronto!

—Debo ver al general Duhamel. Es con quien me interesa hablar y no con usted.

—El general Duhamel no puede recibirle. Tendrá que solicitar

hora. Y para ello deberá rellenar un impreso por triplicado, explicando el motivo de su audiencia…

—Se equivoca, mayor.

—No es un capricho mío, señor… Y ahora que recuerdo, no sé todavía su nombre.

—Paul Girard. ¿Le dice algo mi nombre?

—No, excepto que me recuerda un aperitivo. ¿Es eso lo que viene a ofrecer? ¿Aperitivos?

—No, mayor. No tengo nada que ver con los aperitivos. Y debo aclararle algo muy importante. Fue el general Duhamel quien me citó.

—¿Hoy?

—¿No estamos a dieciséis de diciembre?

—Sí.

—¿No son ahora las once menos diez de la mañana?

—Mi reloj va un poco atrasado, pero, poco más o menos, es esa hora.

—Pues faltan sólo diez minutos para que me reciba el general Duhamel.

—Espere un momento, señor Girard. Vayamos por partes. Deme la notificación de la cita.

—¿La notificación?

—Si usted está diciendo la verdad, debería de haber recibido una notificación anunciándole que el general Duhamel lo recibirá el dieciséis de diciembre a las once de la mañana…

—No tengo notificación.

—Entonces todo lo suyo es pura filfa.

El mayor McKenna apretó un botón de un tablero.

Casi enseguida la puerta se abrió y apareció el hombre de cabello casposo.

—Sargento Mulligan —dijo la joven—, el señor Girard ya se va. ¿Quiere acompañarlo hasta el corredor?

—Con mucho gusto, mayor.

Paul levantó una mano y apuntó a la joven con el dedo.

—Puede creerlo o no, pero el general Duhamel me telefoneó anoche a casa. Quería verme aquí, y le aseguro que el asunto que me trae es de la mayor importancia…

—Cuénteselo a otro.

—¡Se lo estoy contando a usted!
—Sargento Mulligan…
—Sí, mayor… Vamos, señor Girard. ¿O prefiere que lo saque a volandas?
El sargento Mulligan alargó la mano y atrapó a Paul Girard por el brazo.
En ese momento se oyeron pasos precipitados en la otra estancia y un hombre de bigote blanco apareció, secándose la cara con un pañuelo. Vestía uniforme y exhibía en el pecho varias condecoraciones.
El sargento dejó libre a Paul y se cuadró.
—A sus órdenes, mi general.
El recién llegado vio a Paul Girard y sonrió.
—Menos mal que llegué a tiempo, señor Girard. No crea que olvidé nuestra cita. Pero no puede imaginarse el trabajo que me ha costado zafarme de esa recepción en honor de los ex combatientes de las Ardenas…
Paul estrechó la mano del coronel Duhamel.
—Encantado de verle de nuevo, general.
—El placer es mío, señor Girard. Me dijeron que lo encontraría aquí.
La joven y el sargento Mulligan parecían haberse convertido en estatuas de piedra.
—Bueno, ustedes ya se conocen —dijo el general Duhamel—. Señor Girard, he citado a mis más próximos colaboradores, e imagino que nos deben estar esperando.
—A su disposición —repuso Paul Girard.
—Mayor McKenna —dijo Duhamel.
La joven pareció salir de un sueño.
—A sus órdenes, mi general.
—Vendrá con nosotros.
—Desde luego, general.
En los labios de Paul Girard bailoteaba una sonrisa mientras observaba a la joven.
El general, Girard y el mayor McKenna, salieron de aquella habitación mientras el sargento Mulligan se quedaba allí rascándose el cogote.
Se metieron en un ascensor, cuyas puertas se abrieron y cerraron

mediante una célula fotoeléctrica. Subieron durante quince segundos en la jaula y salieron, metiéndose en otro ascensor que se abrió y cerró mediante el mismo sistema, y que bajó durante diez segundos. Por fin salieron a otro corredor que estaba provisto de luces indirectas.

Dos soldados con metralleta guardaban una puerta.

Uno de los soldados, el de la derecha, sin apenas mover los labios, dijo:

—La contraseña.

—Garbanzos —contestó el general.

El soldado se volvió hacia la pared, donde había un micro empotrado, y dijo:

—Escabeche.

Las hojas de la puerta se deslizaron dejando ver un hueco.

El general Duhamel, con el mayor McKenna y Paul Girard, entraron en una gran sala.

Alrededor de una mesa redonda se encontraban cuatro hombres, dos de ellos de uniforme, representando a la Aviación y a la Marina, y otros dos de paisano.

En la pared del fondo se veía un amplísimo mapa del mundo, con luces verdes, amarillas, y con líneas que unían las capitales aliadas.

—Caballeros —dijo el general Duhamel—. Les presento a Paul Girard… General Frederic Villard, jefe de la Contraofensiva Específica; general Ronald Ritter, presidente del Alto Estado Mayor de la Seguridad Atómica… Señor Adwin Heston, ingeniero, jefe de los Servicios Electrónicos, y el señor Guy Courtial, jefe de los Servicios de Vigilancia… Son mis más directos colaboradores, señor Girard. Y los cinco juntos formamos la Alta Junta de Protección Occidental.

Girard fue estrechando la mano de cada uno de los hombres que el general Duhamel le iba presentando.

—Si les parece, nos sentaremos y empezaremos enseguida la sesión —dijo el general Duhamel.

Ocupó la presidencia y señaló la silla de enfrente a Paul Girard.

Todos se habían sentado menos el mayor McKenna, que continuaba en pie.

Entonces, Paul se levantó de un salto.

—¿No se va a sentar usted, mayor?

—Sí, desde luego.

La joven ocupó una silla y Paul se volvió a sentar.

Delante de cada uno de los asistentes a la reunión había una gran carpeta de cuero, un bloc de notas y un juego de bolígrafos.

—Caballeros, se abre la sesión —dijo el general Duhamel—. Asunto a tratar: votación acerca de los planos de seguridad que nos han sido ofrecidos por el ingeniero electrónico Paul Girard, inventor de un nuevo procedimiento para salvaguardar los Altos Secretos Militares.

Paul hinchó los pulmones de aire, satisfecho, y miró a la joven, la cual, a su vez, lo miraba con los ojos parpadeantes, más sorprendida que nunca.

CAPÍTULO VI

El general Frederic Villard, jefe de la Contraofensiva Específica, levantó la mano.

—Tiene la palabra, general Villard —concedió Duhamel.

El general Villard carraspeó antes de empezar a hablar.

—He estudiado minuciosamente los planos del señor Girard, y debo decir que son buenos.

Paul se esponjó mientras daba golpecitos con un bolígrafo en la carpeta.

—Sin embargo —prosiguió el general Villard—, voto en contra.

Paul dio un respingo en la silla.

—¿Por qué vota en contra si considera mis planos buenos?

—Es bien sencillo, señor Girard. Contamos con un magnífico Servicio de Seguridad. Los Altos Secretos Militares están perfectamente guardados… Nadie podría robarlos y por eso voto en contra, porque no necesitamos otro procedimiento para proteger nuestros documentos, nuestros microfilmes, nuestros planos… Hace un rato, he hablado con el general Ritter y él opina que…

—Perdón, general Villard —le interrumpió el general Duhamel —. Será mejor que el propio general Ritter nos dé su opinión.

—Está bien.

El general Ritter, héroe de la Segunda Guerra Mundial, uno de los hombres que más habían contribuido a que la Gran Bretaña adquiriese su poder atómico, examinó el bolígrafo que tenía en la mano como si se tratase de un objeto de alto valor estratégico.

—Creo que nuestros Servicios de Seguridad son óptimos y, por tanto, no es necesario ningún cambio… He estudiado los planos del señor Girard, y las obras que se tendrían que realizar para sustituir nuestro actual sistema de seguridad supondría un gasto de unos

veinte millones de francos. Nuestro presupuesto ha sido recortado por los Altos Organismos de nuestros Gobiernos… Por otra parte, debo agregar que no tengo la menor duda de que nuestros secretos están seguros, y no considero admisible la posibilidad de que puedan ser robados… Unos hipotéticos ladrones tendrían que gozar de la invisibilidad, o más aún, de la penetrabilidad a través de las paredes para llegar hasta nuestro escondite… En resumen, que voto en contra del proyecto del señor Girard.

Paul se estaba masajeando el mentón nerviosamente.

Guy Courtial, jefe de personal de los Servicios de Vigilancia, un rubio de cuarenta años, que sufría un tic nervioso en el ojo izquierdo, habló muy rápidamente.

—También estoy en contra yo.

—Alegue sus razones —contestó Duhamel.

—Prácticamente, son las mismas que ya han oído ustedes. Sería insistir en lo mismo. En todo Servicio de Vigilancia hay que contar con dos elementos, el material y el humano, pero entre ambos debe existir una correlación, una interdependencia… En nuestro caso concreto, contamos con un perfecto material, las cajas fuertes, los pasadizos, el sistema electrónico. Y por fortuna, también contamos con un magnífico elemento humano, el que está bajo mis órdenes, hombres capacitados y entrenados para cumplir la misión que les ha sido confiada, de guardar y defender nuestros Altos Secretos… Nuestro sistema es absolutamente inviolable, y por ello voto en contra de la sustitución… Eso es todo.

Tras aquellas palabras, hubo un silencio. Paul Girard se levantó.

—No hace falta que continuemos, general Duhamel.

—Perdón, aún no hemos terminado.

—Pero ustedes son cinco, y ya hay tres votos en contra. ¿No significa eso que, aunque lograse opiniones favorables, mi plan ya ha sido derrotado?

El general Duhamel asintió con la cabeza.

—Sí, señor Girard. Tiene usted razón. Pero insisto en que la reunión todavía no ha terminado y cualquiera de esos hombres puede cambiar su voto… Aún no hemos oído al señor Edwin Heston, jefe de los Servicios Electrónicos. Quizá él opine de distinta forma que sus compañeros.

—Lo siento, general Duhamel, pero estoy con ellos —repuso

Edwin Heston.

—¿Por qué?

—Le recuerdo que esta misma semana he revisado el servicio electrónico. Es perfecto, sin un solo fallo. Como los demás, considero que sería un despilfarro inmotivado cambiar un sistema que nos garantiza absolutamente la seguridad… Creo que no tengo que agregar nada más.

Paul se había vuelto a sentar y ahora tabaleó con los dedos en la mesa mirando a Duhamel.

Éste tosió unas cuantas veces y dijo:

—Señor Girard, me temo que usted tenía razón… No ha tenido un solo voto en favor, pero debo decirle que su sistema de seguridad es magnífico. Ha hecho un trabajo concienzudo. Estoy seguro de que su invento será aceptado por cualquier gobierno…

—Gracias, general.

—Le deseo la mayor suerte. En cuanto a los planos que hemos sometido a examen, le serán devueltos por el mayor McKenna.

Paul Girard se levantó.

—Agradezco la atención que han prestado a mi trabajo, caballeros.

Tomó su cartera y empezó a rodear la mesa para salir.

La joven también se puso en pie.

En aquel momento se oyó un zumbido. Una luz roja empezó a parpadear sobre la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó Duhamel.

Todos habían levantado la mirada y estaban pendientes de la luz roja.

Paul Girard se había detenido.

—Es una emergencia, general —dijo el mayor McKenna.

El general Duhamel descolgó uno de los tres teléfonos de distintos colores que tenía delante: el amarillo.

—Información… Aquí el general Duhamel… Se ha encendido la luz roja… ¿Una emergencia, dice? ¿De dónde…? ¿Sala XZ7…? ¿Está seguro…? ¡Compruébelo, condenación…! ¡Espero su respuesta inmediatamente!

El general Duhamel colgó y dijo:

—El cerebro electrónico de la sala XZ7 se ha puesto a zumbar… ¿Qué tiene que decirme a ese respecto, señor Heston?

Edwin Heston estaba desconcertado, lo cual era perfectamente visible por su forma de mover los ojos, y el modo en que se mojaba los labios con la lengua.

—No entiendo…

—¿Cómo que no entiende? Acaba de decir que revisó el Servicio Electrónico y que estaba perfecto, sin un solo fallo.

Paul se había detenido en la puerta y escuchaba el diálogo entablado entre los altos jerarcas de la Defensa Occidental.

El teléfono que el general Duhamel había usado antes se puso a sonar.

—Informe… ¿Cómo dice? —Sus ojos se empezaron a agrandar —. ¡No es posible!… ¡Repítalo!…

Poco a poco apartó el receptor de su cara y con voz grave, estremecedora, dijo:

—Caballeros, nuestros Altos Secretos Militares han sido robados.

CAPÍTULO VII

El general Frederic Villard, jefe de la Contraofensiva Específica, se levantó de un salto.

—¡No puede ser!

El general Ronald Ritter, presidente del Alto Estado Mayor de la Seguridad Atómica, se levantó de la silla.

—¡Falso, completamente falso!

Guy Courtial, jefe de personal de los Servicios de Vigilancia, rugió:

—¡Mis hombres no pueden fallar…!

—¡Silencio! —bramó el general Duhamel.

Todos enmudecieron.

Duhamel se dirigió nuevamente a Edwin Heston.

—¡Estoy esperando una explicación, señor Heston!

Heston esbozó una sonrisa.

—¡Ya lo tengo!

—¿Qué es lo que tiene?

—Se ha producido un fallo.

—¿Dónde?

—En el cerebro electrónico de la XZ7… Está claro, caballeros… El cerebro electrónico ha sufrido un desperfecto y ha dado la señal de emergencia, pero se trata de una falsa alarma.

—Rece porque sea así —exclamó Duhamel, y tomó el teléfono verde—. Agente 4R, aquí el general Duhamel… Quiero información inmediata acerca de lo que pasa en la sala XZ7… Compruebe si se trata de un fallo… ¿Que no hay indicador de eso? ¿Está seguro? Oh, sí, ya lo imagino… Lo está viendo usted con sus propios ojos…

El general Duhamel colgó de un golpe.

—Señor Heston, no hay fallos en el cerebro. El indicador de

seguridad está dando información correcta.

—¿Me permiten ustedes unas palabras?

El que había hablado era Paul Girard. Todos lo miraron como si se tratase de un bicho extraño.

—Diga lo que sea, señor Girard… —exclamó Duhamel.

—¡No tiene derecho a opinar! —gritó el general Frederic Villard —. ¡El no pertenece a este Estado Mayor!

—No, no pertenece a nuestro grupo —dijo Duhamel—. Pero temo que, en estos críticos momentos, no podemos renunciar a cualquier clase de ayuda. Tiene la palabra, señor Girard.

—Gracias, general… —Paul hizo una pausa—. Yo he estudiado su actual sistema de seguridad y existe un medio muy fácil para saber si hay un fallo en los Servicios Electrónicos o, por el contrario, se trata de una auténtica emergencia.

—¿Cuál es el medio?

—Ir al lugar donde han sido robados.

Los otros cinco hombres y la mujer que se encontraban bajo aquel techo arrugaron el ceño, cerraron y abrieron los ojos. Por último, el general Duhamel dijo:

—¿Por qué no se nos ha ocurrido antes? ¡Eso es…! ¡Vamos…!

Todos a una se precipitaron hacia la puerta.

Paul quiso ceder el paso al mayor McKenna y tropezó con ella, pero esta vez él la sujetó por la cintura.

Ella lanzó un gritito, aunque no llegó a caer.

Sus caras quedaron muy juntas.

Los cinco hombres que componían el grupo de jerarcas ya habían salido, pero en ese momento el general Duhamel asomó la cabeza diciendo:

—¡Mayor McKenna, le prohíbo eso…!

La joven dio un salto, apartándose de Paul muy aprisa, y corrió en pos del general.

Paul tragó saliva porque la proximidad del mayor McKenna le había conturbado un poco, y también él echó a correr para salir de la sala.

El general Duhamel gritaba desde el ascensor:

—¡Dese prisa, señor Girard!

Subieron durante diez segundos en un ascensor y lo abandonaron para bajar durante cinco segundos en otro.

Salieron de este segundo ascensor y se metieron en una tercera jaula que lo hizo descender aún más.

Por fin se encontraron ante una puerta que estaba abierta, por cuyo hueco se escapaba un zumbido.

Tres luces rojas parpadeaban sobre aquella puerta. Las dos primeras correspondían a dos letras, XZ, y la tercera a un número, el 7.

Un soldado con metralleta se puso delante del hueco.

—Contraseña.

—Váyase al cuerno —dijo el general, y lo aparto de un manotazo.

—¡Pero ésa no es! —protestó el soldado.

Sin embargo, el general y sus compañeros ya habían penetrado en la sala.

Una poderosa máquina, un cerebro electrónico, estaba siendo observada por dos soldados que también manejaban metralleta, y por un tercer hombre que se cubría con bata blanca, a quien le colgaba del cuello una especie de estetoscopio.

—¿Qué le pasa al cerebro, señor Robín? —preguntó Edwin Heston.

—Lo he auscultado, pero sus latidos son perfectamente correctos. Doscientas cincuenta pulsaciones por minuto… Pan-pan-pan-pan-pan-pan…

—¡Cállese con el
pan-pan!
—gritó el general Duhamel—. ¡Lo que tiene que hacer es abrir el mecanismo de seguridad! ¡Rápido! —Estaba señalando el fondo de la estancia.

—Sí, señor, ahora mismo —dijo Robin.

Manipuló en los mandos del cerebro electrónico, se ovó un silbido y las puertas del fondo se deslizaron.

Vieron una gran sala, en una de cuyas paredes había cuatro grandes ruedas, manipuladoras de otras tantas cajas fuertes.

—Haga la combinación de los números, señor Robin.

—Es el cerebro quien lo hace.

—¡Pues que lo haga el cerebro!

Robin apretó otros botones.

Sucesivamente sonaron cuatro chasquidos.

—General —anunció Robin—. Las cajas fuertes han quedado abiertas.

El general entró en la sala con sus colaboradores.

—¡Cuidado, general! —gritó el ingeniero electrónico, Jacques Robin.

Pero el aviso llegó demasiado tarde.

El general tropezó con una barrera invisible, un campo electromagnético.

Se produjo una pequeña descarga y el general se derrumbó en el suelo.

Robin manipuló otra vez en la máquina.

—Ya puede pasar, general, y perdone.

Todos los compañeros de Duhamel ayudaban a éste a levantarse…

—¡Déjenme la caja fuerte de la izquierda! —gritó Duhamel—. Y ahora ustedes las otras… ¿Qué están esperando, condenación…?

Duhamel, Courtial, Villard y Ritter abrieron las cajas *e* introdujeron las manos en el interior.

—Aquí falta el plano 3A, que guardé personalmente ayer —exclamó Duhamel.

—No está el plano Volaire de la Defensa del Continente —anunció Guy Courtial.

—¡Dios mío! —exclamó Villard—. ¡Se han llevado los documentos referentes al Servicio de Represión de Satélites!

Duhamel se dirigió hacia el único hombre que hasta ahora no había informado.

—¿Qué falta ahí, Ritter?

—El sobre marcado con la campana.

—¿Qué guardaba ese sobre con la campana?

—El Plan de Evacuación de la Población Occidental, en caso de un desastre atómico.

El general Duhamel hizo rechinar los dientes.

—¿Cómo es posible…? ¿Cómo han podido robarnos? ¡Es tan absurdo como una pesadilla…!

Paul Girard estaba observando atentamente una de las pesadas puertas que daban acceso a las cajas fuertes. A continuación examinó otra.

—General —dijo—, yo sé algo acerca de este robo.

—¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Qué es lo que sabe…?
Paul hinchó los pulmones de aire y contestó:
—Ustedes han sido asaltados por tres hombres mancos…

CAPÍTULO VIII

—¿Está bien de la cabeza, señor Girard?

—Perfectamente, general Duhamel.

—Entonces, ¿qué es lo que acaba de decir?

—Que tres hombres mancos se llevaron sus documentos.

—Pero ¿cómo puede saber eso?

—Por sus garfios.

—¿Sus qué?

—Sus garfios, general. Ya sabe, esos artilugios que se colocan los hombres que han perdido algún miembro superior…

El general Frederic Villard sonrió.

—Es lo más ridículo que he oído en mi vida. ¿Cómo iban a introducirse aquí tres hombres? ¿Y por qué tenían que ser mancos?

—General Villard —dijo el general Duhamel—. También a usted le pareció ridículo el plan de Paul Girard para defender nuestros documentos.

El general Villard enrojeció las mejillas y retrocedió un paso, como si se quisiese retirar a una posición de retaguardia.

El general Duhamel señaló a Paul.

—Dígame, Girard, ¿cómo ha llegado a esa conclusión? ¿Por qué fueron tres hombres mancos?

—Precisamente por sus artilugios metálicos… Verá, general, hace un par de años se descubrió una aleación metálica de titanio, tulio, uranio y vanadio que es resistente a todos los controles conocidos, incluidos los que se derivan de un cerebro electrónico, de un campo electromagnético o de cualquier otra cosa parecida… Es por lo que inventé mi sistema. Que yo sepa, es el único que, desde ahora, ofrece garantías contra esa aleación metálica.

—Pero ¿qué tiene que ver eso con los mancos? —saltó Guy

Courtial.

—Es la mar de sencillo, señor Courtial… Los artilugios metálicos de que estaban provistas las manos de Tos ladrones fueron fabricados con la aleación metálica de titanio, tulio, uranio y vanadio. Y de esa forma han podido pasar por todos los controles sin que su presencia fuese apercibida.

—Pero ¿cómo han podido pasar por delante de los soldados? —preguntó Heston.

El general Duhamel se volvió hacia los soldados que estaban en la puerta.

—Vengan acá.

Los soldados se precipitaron a cumplir la orden del general.

—¿Quién entró aquí? —inquirió Duhamel tironeándose furiosamente de una ceja.

—Sólo tres personas.

—¿Tres personas? ¿Cómo es posible?

—Las tres personas que usted envió, general Duhamel.

El general Duhamel desorbitó los ojos.

—¡Yo no mandé a nadie!

Los dos soldados se miraron perplejos.

—¡Hablen de una vez! —exclamó Duhamel—. ¿Quiénes fueron…?

—Tres hombres.

—Eso ya lo dijeron antes.

—Cada uno de ellos exhibió un pase firmado por usted.

—¿Y la contraseña?

—También la dijeron.

—¿Cuál es la contraseña, soldado?

—Canapés de caviar.

El general Duhamel se volvió hacia sus colaboradores, que estaban a su espalda.

—¿Quién fue el que dio el soplo?

Sus compañeros del Alto Estado Mayor negaron con la cabeza rotundamente.

Paul Girard dijo:

—Tengo una respuesta para eso.

—¿También?

—Sí, general Duhamel.

—Dígalo, ¿qué pasó?

—Se trata de la propia aleación metálica de que le hablé antes.

—Los garfios, ¿eh?

—Sí, señor, los garfios. Estaban provistos de un control remoto y de un emisor receptor… Gracias a eso, pudieron escuchar a través de una determinada longitud de onda lo que necesitaban para llegar hasta aquí.

—¿Quiere decir que controlaron mi conversación o la de cualquiera de esos hombres?

—Sí, general Duhamel. Eso es, y no importa donde estuviesen, usted o ellos.

—¿Quién inventó esa aleación metálica?

—Un hombre que ya está muerto, el doctor Karel Gottwald, un checo que dedicó toda su vida al estudio de las aleaciones metálicas…

—Pero ¿cómo ignoramos nosotros todo eso?

—Yo se lo diré, general. El doctor Gottwald sufrió una crisis al final de su vida, una crisis que lo llevó al más absoluto pesimismo. Pensaba que no había salvación para el hombre, que la Humanidad corría hacia su destrucción, que cualquier invento sólo serviría para acortar la vida del ser humano en nuestro planeta. Por ello, decidió destruir su invento. Incendió su casa y el propio doctor Gottwald pereció en las llamas.

—Si la fórmula de la aleación metálica fue destruida, ¿cómo diablos han podido valerse de ella los condenados mancos?

—El doctor Gottwald no contó con que otra persona pensaba de distinta forma que él, uno de sus ayudantes, el doctor Otto Reichner…

—¿Dónde está Reichner?

—No lo sé.

—Ahora voy a hacer la pregunta más importante, señor Girard. ¿Cómo está usted al corriente con tanto detalle acerca del descubrimiento del doctor Gottwald, de lo que pasó y, sobre todo, de lo que pudo hacer el ductor Reichner?

—¡Ya tengo la respuesta! —gritó Edwin Heston.

—¿De veras? —repuso Duhamel—. ¡Suéltela!

Edwin Heston señaló a Paul Girard.

—Está la mar de claro. ¡Él es el doctor Reichner…!

Los dos soldados levantaron sus metralletas amenazadoramente, apuntando a Paul.

—¡Eh, que yo no soy Reichner! —gritó Paul—. ¡Se equivoca, señor Heston!

—Demuéstrelo.

—¿Cómo lo voy a demostrar…? ¡Pídame que demuestre que soy Paul Girard…!

—Eso sería demasiado sencillo… ¡Soldados, acaben con él!

—¡No! —gritó el mayor McKenna.

—Gracias, señorita —dijo Paul.

—¿Cómo sabe toda la historia completa, Girard…? —preguntó el general Duhamel.

—Es la mar de sencillo, general. El doctor Gottwald me escribió contándome lo que iba a hacer. Yo había sido discípulo suyo en Praga.

—¡Praga! —gritó el general Frederic Villard—. ¡Acribíllenlo, soldados!

Los dos soldados pusieron la mano en el disparador.

Paul pegó un salto y se apoderó de la joven, de la que se sirvió de escudo.

—¡No pueden matarme por el simple hecho de que fuese a Praga en viaje de estudios…!

—Alto, soldados —dijo el general Duhamel—. Continúe, Girard.

—En su carta, el doctor Gottwald me hablaba de que el doctor Otto Reichner había tratado de quitarle de la cabeza la idea de destruir su invento. Cuando sobrevino el final del doctor Gottwald, me enteré de que Otto había hecho una de las suyas y de que habría conseguido la fórmula. Y tampoco dudé que la utilizaría para su uso personal. Entonces, me puse a trabajar en mi laboratorio, porque no dudé que, tarde o temprano, el doctor Reichner utilizaría la aleación del doctor Gottwald para su propio beneficio.

Duhamel chascó los dedos.

—Le admitiré sus explicaciones, señor Girard.

—Gracias, es usted muy amable.

—Hay otras preguntas que necesitan respuesta. Por ejemplo, ¿cómo pudieron llegar aquí los mancos?

—La recepción, general.

—¿Cómo?

—Les he oído a ustedes que se está celebrando una recepción en honor de los ex combatientes de la Batalla de las Ardenas…

—Sin embargo, para que esos ex combatientes entrasen en este edificio, hemos sido estrictamente rigurosos en el examen de los pases… ¿Quiere decir usted que ha habido tres traidores entre los ex combatientes?

—Podría ser, pero me quedo con otra hipótesis.

—¿Cuál?

—La de que los tres ladrones sustituyeron a otros tres ex combatientes.

El general Duhamel se dirigió a Guy Courtial.

—¿Está funcionando su plan para capturar a los ladrones?

—Desde luego, general. Usted sabe que el servicio es automático. En cuanto se ha producido la emergencia, mis hombres se han puesto a trabajar.

—¿Cuántos hombres tiene a su disposición para este servicio?

—Veinticinco.

—Triplíquelos.

—Sí, general.

—Quiero que capture a esos tres ladrones. ¡Los quiero vivos o muertos! El mundo occidental está en peligro. Quiero que se den cuenta de que nuestros planes de Ofensiva y Contraofensiva, de Defensa, Retroceso y Evacuación, pueden estar en manos enemigas…

—Es seguro que irán a parar a ellos —comentó el general Villard.

—¡Es lo que hay que impedir a toda costa…! Desde ahora estaremos en sesión permanente. Volvamos a la sala de consejo. En cuanto a usted, señor Girard, desde este momento puedo anunciarle que reconsideraremos sus planes de Seguridad…

—Gracias, general.

—Tengo su número de teléfono. Si lo necesito, le llamaré.

—Desde luego, general. Ya sabe que me tiene a sus órdenes.

—Puede retirarse.

—Buenos días —dijo Paul, y mirando al mayor McKenna—: Tuve mucho gusto en conocerla, mayor McKenna.

—Mayor McKenna —dijo el general—. Acompañe al señor Girard a través de este laberinto hasta el vestíbulo.

—Es lo que le iba a pedir —sonrió Paul. La joven y Paul fueron los primeros en salir de la estancia.

Utilizaron tres ascensores hasta llegar al vestíbulo del gran edificio.

—Mayor McKenna, quiero pedirle un favor.

—Diga.

—Me gustaría llamarla por su nombre. Imagino que tiene uno, además del de mayor.

—Desde luego. Me llamo Cora.

—Cora me gusta más que mayor.

—No me diga que le gusta el nombre de Cora.

—¿Tiene algo de particular que me guste?

—No, desde luego.

—Ahora debo despedirme, Cora; pero espero verla muy pronto.

Ella le dio la mano y Paul se la estrechó.

—¿Puedo llamarlo Paul?

—Desde luego.

—Quiero decirle algo muy importante, Paul.

—Hable, la escucho.

—Nos dio a todos una lección —la joven se echó a reír cubriéndose la boca con la mano.

—¿De qué se ríe?

—De nuestro primer encuentro y del segundo.

—Me alegro de que los encuentre graciosos.

—Y también me río de lo que pasó arriba. Hicieron el más espantoso de los ridículos esos hombres tan seguros, tan convencidos de que su sistema de seguridad era infalible. —Imitó al general Villard, repitiendo sus palabras—: «Los Altos Secretos Militares están perfectamente guardados. Nadie podría robarlos…». —A continuación imitó al general Ritter—: «Nuestros Servicios de Seguridad son buenos y no admito la posibilidad de que puedan ser robados por nadie… Unos hipotéticos ladrones tendrían que gozar de la invisibilidad…».

Paul también se echó a reír.

Poco a poco ambos quedaron serios y ahora dijo:

—No es asunto de risa, ¿verdad, Paul?

—No. Me temo que no.

—¿Qué pasará?

—Puede pasar lo peor.

—Sí, me hago cargo. Pero ¿cómo evitarlo?

Paul se quedó pensativo.

—Tengo una idea a ese respecto.

—¿Cuál?

—Atrapar al doctor Reichner.

—Estupendo.

—Sí, lo sería, si supiese donde está.

—Hay una cosa clara, Paul. Otto Reichner debe de estar en París.

—No es necesario…

—Tiene que estar… Esos tres hombres mancos se llevaron los documentos. ¿No es lógico que Otto Reichner los estuviese esperando en alguna parte de París para hacerse cargo rápidamente de unos secretos que para él valdrían una fortuna?

—Sí, es bueno ese argumento…

—Tienes que encontrar a Otto Reichner, Paul —lo tuteó.

—Estoy de acuerdo… Anda, te invito a tomar café. Mientras pensaré algo.

—Paul.

—¿Qué pasa, Cora?

La joven estaba mirando hacia uno de los ascensores.

—¡Aquel tipo! ¡Tiene un garfio en la mano!

Ella echó a correr sin esperar a Paul.

Se metió en el ascensor y justo en ese momento se cerraban las puertas.

Paul había corrido tras ella, pero no llegó a tiempo para introducirse en la jaula.

Otro ascensor iba a partir y se metió en él.

Paul ignoraba dónde se detendría la jaula donde iba Cora.

Sin embargo, al abrirse las puertas de la suya en la tercera planta, oyó un griterío.

Salió al corredor abriéndose paso entre la gente. Vio a Cora luchando con un hombre en el suelo.

—¡Cora! —exclamó.

—¡Paul, ya lo tengo! ¡Es él…! Uno de los ladrones.

El hombre que Cora trataba de sujetar pataleaba y daba chillidos.

—Suélteme, ¿es que se ha vuelto loca?

Dando manotazos en el aire, mostró que uno de sus miembros era un artilugio metálico.

Paul atrapó al hombre por el cuello.

—¡Quédese quieto, amigo!

—¿Es usted otro loco…?

—Deje que le examine su mano ortopédica.

—¡Es mía! ¡La compré en Berna!

El hombre dio un tirón y Paul también se fue al suelo. Pero había logrado atrapar el artilugio metálico, el cual estaba observando con ojos profesionales.

Finalmente lo dejó libre y se volvió hacia Cora.

—Cora, no es.

—¡Claro que es!

—Quiero decir que la mano de este hombre no está fabricada con la aleación metálica que descubrió el doctor Gottwald.

—¿No? —repuso Cora con gran desencanto.

Paul hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—¡Los demandaré por esto…! —gritó el perjudicado.

—Disculpe, amigo —repuso Paul—. Pero ella se confundió de hombre…

Paul tomó a la joven por el brazo y se la llevó por el fondo del corredor mientras la víctima seguía vociferando ante el grupo de personas que se había reunido a su alrededor.

Cora y Paul se detuvieron ante el mostrador del bar.

—¿Qué quieres tomar, Cora?

—Veneno.

—Tu error fue lógico, pero desde ahora te vas a estar quietecita. No puedes seguir persiguiendo a todos los hombres que veas con un garfio en la mano.

—Me siento avergonzada… Pobre hombre. Por poco lo mato…

Un camarero vino por el otro lado.

—¿*Whisky*? —preguntó Paul a Cora.

—Sí, creo que es lo que más necesito.

Paul pidió dos.

—Podría ser —exclamó de pronto.

—¿A qué te refieres?

—Veo una posibilidad de construir en mi laboratorio un aparato

para detectar la aleación metálica del doctor.

—¡Sería maravilloso, Paul!

—No es seguro, pero lo puedo intentar…

—¿Qué estás esperando…? ¡Vamos de una vez a tu laboratorio!

—Pero tú debes permanecer aquí, al lado del general Duhamel. Probablemente te necesitará…

—Me disculparé por teléfono. Le diré que estoy tras una pista.

—No quiero que le digas eso. Sería darle esperanzas y ya te he dicho que no estoy muy seguro de conseguir ese aparato. Además, el tiempo está contra nosotros.

El camarero trajo las dos copas.

Cora pidió un teléfono al camarero, el cual lo puso sobre la barra.

Cora marcó un número.

—Por favor, soy el mayor McKenna. Con el general Duhamel. Es urgente —esperó unos segundos—. General, me siento muy enferma… Ya sabe, ha sido la emoción… Pero… Creo que me repondré pronto… Oh, sí, desde luego… Mañana estaré mucho mejor… Gracias, general, iré a mi casa y me meteré en la cama…

Cora colgó y sonrió al inventor.

—Ya podemos ir a tu laboratorio, Paul.

—Ojalá no te equivoques y Otto Reichner se encuentre en París.

CAPÍTULO IX

Fueron al parque de estacionamiento y entraron en el coche de Paul.

Cora fue a cerrar la portezuela cuando se encontró con una dificultad. Alguien sostenía la portezuela desde el otro lado. Un hombre de cara sonriente.

—Eh, usted, ¿qué quiere?

El hombre terminó de abrir la portezuela y se introdujo junto a Cora.

Todo fue muy rápido, y Paul, que estaba sentado ante el volante, no pudo oponerse.

—¡Oiga! —gritó Cora—. ¡Este coche no es suyo!

El desconocido le puso un revólver delante de la cara.

—Le presento a mi amigo. Se llama «Watusi». ¿Y sabe por qué? Porque es muy negro. El sujeto rió su chiste alegremente. Cora se quedó sin habla. Fue Paul quien dijo algo:

—Eh, usted se ha confundido. Esto es un automóvil y no una sala de tiro al blanco.

—Me aburría en la sala de tiro al blanco y decidí gastarle una broma a alguien.

—Gástesela a su abuela.

—Prefiero que sean ustedes los embromados.

—¿Y por qué nosotros?

—Porque es usted Paul Girard.

—Se equivoca, no soy Paul Girard.

—¿No?

—Mi nombre es Anatole Bernier.

—Es muy feo.

—Siento que no le guste.

—Prefiero el de Paul Girard.

—Busque entonces a Paul Girard.

—Oiga, señor Girard —dijo el intruso muy serio—. La gente que me conoce dice que soy un tipo muy simpático.

—No me considere entre el grupo de sus admiradores.

—Pero ellos también dicen que, en determinados momentos, soy el tipo más duro que puede existir. Por ejemplo, soy capaz de desparramar los sesos al primero que tenga delante.

—Hala, a lo bruto.

El tipo sonrió, pero ahora lo hizo gélidamente, y en aquella sonrisa mostró unos dientes blancos, parejos, como si anunciase un dentífrico.

Paul preguntó:

—¿Puedo darle algún nombre, amigo?

—Claro, ¿por qué no?

—¿Cómo debo llamarlo?

—Olivier.

—¿Es el suyo verdadero?

—Claro que no, pero sirve para usted.

—Está bien, amigo Olivier, le voy a contar algo que en las actuales circunstancias, es muy importante para mí.

—Hable, hombre, hable, no se quede con las ganas.

—Yo no trabajo en ese edificio. —Paul señaló con la cabeza el conglomerado de hierro y cemento en que había pasado los últimos minutos—. Quiero decir con ello, que su hombre debe ser otro.

—Mi hombre es usted.

—¿Puedo preguntarle por qué?

—Sí, usted puede preguntarlo, pero yo no le voy a dar la respuesta. Y ahora, señor Girard, ya hemos hablado bastante. Ponga el coche en marcha.

—¿Por qué?

—Porque tenemos que movernos.

—Disculpe usted, pero no tengo el menor deseo de moverme.

El hombre que se había presentado como Olivier pasó la pistola por detrás de Cora, para lo cual tuvo que hacer presión en el cuello de ella haciéndole doblar la cabeza.

—Señor Girard, está usted haciendo enfadar a «Watusi» y cuando eso ocurre, él inicia enseguida la danza.

—Me gusta la danza de los Watusis —dijo Cora.

—Le apuesto doble contra sencillo a que ésta no le gusta. ¿Pone el coche en marcha, señor Girard?

—Un momento.

—¡Se acabaron ya los momentos!

—Me refería a ella, a la señorita. No tiene nada que ver con esto. Vino aquí sólo a recoger unos papeles. Deje que se los dé y que salte del auto.

—¿Cree que soy idiota?

—¿Puedo contestar sinceramente?

—Sí, hágalo.

—Entonces, creo que es usted idiota.

—Basta ya, señor Girard, o «Watusi» se encargará de desparramarle los sesos.

Paul no tuvo más remedio que poner el coche en marcha.

Cora dejó oír su voz en un gemido:

—Eh, oiga, si sigo en esta posición me va a dar tortícolis.

—Puede ponerse cómoda —dijo Olivier retirando el brazo.

Paul sacó el coche del parche de estacionamiento.

—Tire a la derecha —ordenó Olivier.

—¿A quién representa usted, señor Olivier?

—Nada de preguntas, amigo, se acabó el consultorio.

Paul llevó el vehículo por donde el hombre había señalado y, al cabo de un rato, Olivier dijo:

—Ahora a la izquierda.

Sin embargo, Paul pasó de largo.

—Eh, ¿es que no me ha oído? —gritó Olivier, volviendo a pasar su pistola sobre el cuello de Cora.

—Lo dijo demasiado tarde y me pasé —contestó Paul.

—¡Dé la vuelta!

—Ahora mismo.

Paul hizo girar el volante, pero no retiró el pie del acelerador y, como resultado, el coche fue a chocar contra otro que iba por su derecha.

Frenó bruscamente y se oyeron los chirridos de los neumáticos. También el coche que había sufrido la embestida frenó con brusquedad.

—¿Qué ha hecho, desgraciado? —gritó Olivier.

El conductor del otro vehículo ya había saltado a la calzada y se dirigía hacia ellos vociferando:

—¿Es que no tiene ojos en la cara? ¡Aquí no podía dar la vuelta, pedazo de animal!

Olivier hizo rechinar los dientes y escondió rápidamente la pistola.

CAPÍTULO X

Olivier advirtió:

—Cuidado, señor Girard. Llevo la pistola en el bolsillo. Salga de este apuro cuanto antes.

—No se apure —dijo Paul—. Enseguida lo arreglo.

Abrió la portezuela y puso los pies en la calzada, justo cuando el otro conductor llegaba a su lado.

Otros automóviles se iban deteniendo y hacían sonar el claxon.

Paul puso los brazos en jarras.

—¿Qué es lo que le pasa a usted?

—¿Cómo que qué me pasa…? ¿Es que no vio lo que hizo?

—Usted fue el culpable —exclamó Girard, con la mayor tranquilidad del mundo.

—¿Yo…?

Paul estaba jugando sobre seguro. No podía admitir que Olivier disparase sobre Cora delante de tantas personas.

Su interlocutor era un tipo fornido, de anchos hombros, nariz achatada y ojos muy juntos. Estaba asombrado.

—Usted es el culpable —insistió Paul, poniéndole el dedo delante de la nariz.

—¿Que soy yo el culpable…? ¡Usted está chiflado!

—No comprendo cómo ha podido conseguir el carnet de conductor… Después de todo, los puercos no deberían llevar automóvil.

—¿Yo puerco…? ¡Ahora le voy a arreglar…!

Aquel hombre le tiró el puño a la cara.

Paul se agachó y el resultado fue que el hombre fornido estrelló el puño en el coche de Girard.

A continuación, Paul atrapó a su rival por el cuello.

Para ese entonces ya se habían reunido algunas personas a su alrededor.

Los automóviles detenidos hacían sonar los claxons con mayor insistencia.

Un agente se acercaba rápidamente.

—¡Abran paso…! ¡Abran paso…!

En aquel momento Cora asomó la cabeza por la portezuela.

—Paul, se ha ido el de la pistola… Acaba de escapar.

Paul se relajó sonriendo a la joven y en ese momento recibió el puñetazo del hombre que había tratado como puerco.

Todo dio vueltas a su alrededor. Vio la cara de su agresor multiplicada por diez y el escenario se llenó de agentes. Y cuando miró otra vez hacia la portezuela, vio a docenas de Cora. Fue lo único agradable. Trató de abrazar a una de ella, pero sólo atrapó el aire y se derrumbó en el suelo.

* * *

Paul estaba tendido en un sofá de su apartamento.

Sobre el ojo derecho tenía un filete de carne.

Cora vino a su lado con una taza de café.

—Toma esto, está recién hecho.

Paul se incorporó y tuvo que ponerse la mano en el filete para que no le cayese.

—¿Qué es lo que hice mal…? Debimos dejar que Olivier nos llevase adonde quería.

—No digas eso. Olivier nos habría matado.

—Sí, es lo más probable, y por eso hice lo que hice.

—Paul, ¿no crees que debemos llamar al Servicio de Seguridad?

—¿Qué podemos decir? ¿Que un hombre nos amenazó con una pistola?… ¿Qué relación podían establecer entre el robo de los documentos y ese individuo? El señor Courtial no me tiene mucha simpatía. No tomaría en consideración los hechos tal como se han producido. Diría que Olivier me atacó por un motivo personal.

—Sí, es posible.

Paul bebió su café.

—Caramba, lo hiciste muy bueno, Cora.

—Gracias.

—Mucho mejor que yo, palabra.

La joven paseaba pensativa junto a Paul.

—Paul, ¿has pensado en lo que significa que ese hombre, Olivier, quisiera matarte?

—¿Crees que he tenido tiempo? El choque, el puñetazo, el desvanecimiento, el agente, las declaraciones, la multa…

—Está claro. Olivier trabaja para Otto Reichner.

—Bueno, de eso no he tenido duda.

—Lo cual quiere decir que Otto Reichner te teme. Contéstame a una pregunta. ¿Puede estar enterado Otto Reichner de tu invento?

—Me temo que sí.

—¿Por qué?

—Escribí al doctor Gottwald a Praga y le decía que había iniciado mis experimentos sobre un sistema de seguridad para contrarrestar los posibles efectos nocivos de la aleación metálica que él había descubierto. Yo conocía perfectamente al doctor Gottwald y, teniendo en cuenta sus cartas, imaginé la clase de sufrimientos que estaba padeciendo. Sólo quise tranquilizarle.

—Y en aquellos momentos Gottwald tenía como ayudante a Reichner.

—Exacto.

—Lo cual quiere decir que Reichner pudo informarse de tus propósitos.

—Sí, Cora, me temo que así ocurrió, y por eso mencioné que quizá nos hubiese convenido que Olivier cumpliese la misión que le habían confiado.

—Siempre y cuando nos hubiese conducido a presencia de Reichner. Y aun así, ¿qué oportunidad habríamos tenido de escapar?

—Tienes razón. No debemos pensar más en ello. Olivier se habría ocupado personalmente de liquidarnos.

Cora continuó sus paseos por la habitación. Finalmente se detuvo otra vez ante Paul y dijo:

—Paul, sólo existe un camino… Debes montar ese detector.

—Ya te he dicho que no puedes considerarlo como seguro.

—Pero tienes que intentarlo. —Muy bien, lo intentaré.

—Así me gusta. Manos a la obra. Yo te ayudaré. Paul se quitó el filete, lo puso sobre la mesa y tomó a la joven por los brazos.

—Es necesario que te diga algo, Cora.

—Dilo.

—Nunca pude soñar con un ayudante más maravilloso.

La besó en los labios y en ese momento sonó el timbre del teléfono.

Paul interrumpió el beso para atrapar el auricular.

—¿Sí?

—¿Hablo con Paul Girard?

—El mismo.

—¿Cómo está, señor Girard? Soy Otto Reichner…

CAPÍTULO XI

—¿Qué nombre ha dicho?

—Otto Reichner.

—¿Dónde está, miserable?

—En París, naturalmente.

—¿Y qué vino a hacer a París, gusano?

—¿Qué se viene a hacer a París? Vine a ver la torre Eiffel, el Arco de Triunfo y, sobre todo, vine a ver a las francesas.

—Le faltó agregar algo, serpiente de cascabel.

—¿Qué cosa, señor Girard?

—Vino a París a robar los documentos que se guardaban en el edificio de la Investigación Estratégica del Ejército Occidental.

Paul oyó un bostezo desde la otra parte.

—Sí, ése fue un buen trabajo. Estoy muy orgulloso de cómo han salido las cosas. Fue verdaderamente casual que usted se encontrase allí.

—¿Y dónde estaba usted, Reichner?

—No muy lejos.

—¿Fue usted uno de los mancos?

—Oh, no, señor Girard. Yo tengo dos manos.

—Las dos manos más ladronas del mundo.

—Le aceptaré su aclaración, señor Girard… —rió Reichner—. Cambiando de tema, no me gustó lo que hizo.

—¿Respecto a qué?

—A Olivier. El pobre muchacho pasó un gran susto cuando usted armó todo ese jaleo en la calle.

—Cuánto lo siento. Dígale que la próxima vez le llevaré a un prado de margaritas.

—Temo que Olivier no podrá aceptar su invitación durante

mucho tiempo. El pobre se encuentra encamado.

—¿Con la gripe?

—Con algo peor, señor Girard. Fue azotado para que no vuelva a ser estúpido con hombres como usted.

—Reichner, ¿hablamos ya en serio?

—Yo no he dejado de hablar en serio, señor Girard. Por eso marqué su número, para decirle lo que debe ser lo más importante para usted. Deje de enredar.

—Llegué demasiado tarde, Reichner. Usted pudo robar esos documentos porque no estaban guardados en mi nuevo sistema de seguridad.

—Me felicito por su demora.

—No fue debido a la demora, sino a la burocracia. Ofrecí mi invento hace más de dos meses.

—Entonces debo agradecer que la burocracia sea tan lenta. En fin, señor Girard, ya ve usted que, tal como están las cosas, no puede hacer nada por recuperar lo que me pertenece… En realidad, usted debe felicitarme puesto que, a partir de ahora, su invento será admitido por muchos gobiernos y hasta por organismos supranacionales, como la propia Investigación Estratégica… ¿Se da cuenta, señor Girard? Va a ser famoso gracias a mí, y si se convierte en millonario también se lo deberá a Otto Reichner. No quiero que se vuelva a interponer en mi camino, señor Girard. Sería peligroso para usted porque la próxima vez no habrá un Olivier que cometa un fallo… Buenos días.

El hombre que estaba en la otra parte colgó.

Paul se quedó un rato con el auricular junto a la oreja y finalmente también lo dejó en la horquilla.

—¿Qué te dijo Reichner, Paul? —inquirió Cora.

—Me felicitó.

—¿Te felicitó?

—Voy a ganar mucho dinero vendiendo mi sistema de seguridad.

—Caramba, tiene razón.

—Cora, ¿es que no te das cuenta? No puedo ganar ningún dinero y, por lo tanto, no podré vender mi invento a nadie porque el mundo occidental quedará reducido a la nada si Reichner consigue vender sus descubrimientos a alguien que está dispuesto a

utilizarlos.

—¡Dios mío, es verdad!

—Vamos al laboratorio. Como tú dijiste, es la única solución.

* * *

Era de noche. Estaba nevando en París.

Cora tenía apoyados los codos en la mesa, sobre la que Paul estaba trabajando.

—¿Cuánto te falta, Paul?

—Muy poco.

Paul había construido una especie de contador Geiger, pero se diferenciaba de éste en que era mucho más complicado, ya que constaba de tres agujas pequeñas y una mayor.

—¿Cómo vamos a saber si es bueno, Paul?

Paul señaló las tres llaves laterales del contador.

—Daré vueltas a estas llaves y si el contador resulta bueno, las tres agujas pequeñas se pondrán a funcionar. Unos minutos más tarde, la aguja grande marcará el punto cardinal de París donde se ubica la aleación metálica del doctor Gottwald.

—¿Qué estás esperando? Dale ya la vuelta a esas llaves.

—Aún falta algo.

¿El qué?

—Lo más importante para que se ponga en marcha. Las pilas.

—¿Dónde están? Yo las traeré.

—El tercer cajón de la derecha de ese archivador.

Cora se dirigió hacia el archivador que estaba al fondo del laboratorio y abrió el cajón.

—No me has dicho cuántas pilas, Paul.

—Oh, sí, perdona, tres.

Cora tomó las pilas y regresó al lado de Paul.

Girard colocó las pilas en el lugar correspondiente del contador y cerró el compartimiento. A continuación dio un suspiro.

—Bien, ya está. Ahora vamos a ver si estas ocho horas de trabajo han servido para algo. ¿Quieres hacerme un favor, Cora? Ponías tú en funcionamiento.

Cora hizo girar la primera llave y, enseguida, la primera aguja se puso a oscilar.

—¿Va bien, Paul?

—Sí, continúa.

La joven movió la segunda llave y también la aguja correspondiente obedeció.

El mismo resultado obtuvo con la tercera.

—¡Paul, funciona…!

—Todavía no lo sabemos. Recuerda que es la aguja mayor la que nos tiene que decir si sirve o no. Tiene que pasar un minuto.

—Ya han transcurrido tres segundos.

Había un despertador sobre la mesa y Cora y Paul fijaron sus ojos en él con mirada obsesiva.

Diez segundos, once, doce…

—Paul, ¿no está parado ese reloj?

—¿No ves que funciona?

—Sí, tienes razón, pero nunca pude imaginar que el tiempo pasase tan lentamente.

Treinta, treinta y uno, treinta y dos segundos…

—Paul, me están temblando las piernas.

—Te diré un secreto, a mí también. Guardaron silencio.

—Cincuenta y ocho, cincuenta y nueve, sesenta… ¡Ya está! —exclamó Cora.

Los dos cambiaron la mirada rápidamente del reloj a la aguja grande del contador.

Entonces se llevaron la mayor decepción. Aquella aguja estaba completamente inmóvil.

—No funciona, Paul.

—No, ya veo que no… No sirvió para nada.

—Paul, quizá nos equivocamos… Sí, eso es. No ha pasado un minuto.

—Ha pasado con exceso.

Guardaron de nuevo silencio sin dejar de mirar a aquella aguja que tenía que moverse necesariamente para que el contador cumpliese la misión a que había sido destinado.

Paul exhaló el aire de sus pulmones.

—Ha sido un fracaso. Ya no hay ninguna duda.

Cora se sintió tan decepcionada como él y apartóse de la mesa.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Confiar en que Guy Courtial, con su triplicado número de

investigadores, descubra el refugio de Reichner antes de que sea demasiado tarde.

Cora dio un paso hacia Paul y le puso una mano sobre el hombro.

—Paul, debes tener la conciencia tranquila, has hecho todo lo posible.

Se puso de puntillas y le besó en los labios.

Paul perdió el equilibrio y apoyó la mano sobre el contador, y fue entonces cuando la aguja grande dio un brinco y se puso a marcar el sudoeste.

Pero ellos no lo vieron porque se estaban besando.

CAPÍTULO XII

—Te invito a cenar, Cora —dijo Paul, tras el beso.

—¿Dónde?

—No sé.

—Conozco un lugar donde se cena a la luz de las velas.

—Será maravilloso. Cora… Démonos prisa.

Paul se apartó de la mesa, se quitó la bata y se dirigió al perchero para ponerse la chaqueta Fue entonces cuando Cora pegó el alarido.

Paul se volvió rápidamente:

—¿Dónde está el ratón?

Sin embargo, la joven no le pudo responder. Tenía los ojos agrandados y sólo pudo señalar el contador. Transcurridos unos segundos, recuperó el habla.

—¡Paul, está funcionando!…

El corrió hacia la mesa.

—¡Lo conseguimos!… Cora, mira hacia dónde apunta… Hacia el sudoeste… Vamos, rápido. No tenemos mucho tiempo. Quizá Reichner haga volar los documentos de París esta misma noche.

Paul terminó de ponerse la chaqueta y sacó algo del archivador, que guardó en el bolsillo. Salieron del apartamento.

Poco después, viajaban en el auto. Paul conducía y Cora sostenía en su regazo el contador.

—¿Sigue apuntando hacia el sudoeste? —preguntó Girard.

—Sí.

Continuaron viajando en silencio.

—Paul, ¿qué es lo que cogiste del archivador?

—Unos comprimidos para la cabeza.

Cora le metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó una

pistola.

—¿Desde cuándo usas estos comprimidos para la cabeza, Paul?

—Puede sernos necesaria.

Cora dejó la pistola en el bolsillo de donde la había cogido.

—Sí, lo malo es que puedes tener razón… Eh, Paul, la aguja se está desviando ligeramente.

—¿Hacia qué lado?

—Hacia el oeste.

Paul hizo girar el volante en la próxima esquina.

—¿Y ahora?

—Se mantiene fija.

Transcurrieron otros diez minutos.

De pronto, salió del contador un zumbido.

—Paul… ¿qué es esto?

—La señal de que estamos llegando a nuestro destino.

La joven miró al frente.

—Paul, ¿sabes lo que tenemos delante?

—Sí, ya lo sé. La Morgue.

Paul estacionó el auto entre otros que había allí y saltaron del vehículo, encaminándose hacia el edificio.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó un hombre de grueso bigote.

—Estamos buscando a un pariente que desapareció hace unos días… Alguien nos dijo que podría encontrarse aquí.

—Imagino que tendrá su descripción.

—Sí, desde luego. Tiene una señal muy característica. Le falta una mano, y en su lugar tiene uno de esos aparatos mecánicos.

—Qué casualidad. Hace menos de una hora que trajeron un hombre así.

—¿Podemos verlo?

—Desde luego.

Los dos jóvenes bajaron por una escalera. Sus pasos resonaron con un extraño eco.

La sala tenía un aspecto lúgubre con sus mesas de mármol y una pared con cajones empotrados.

El hombre que les había atendido a su llegada se dirigió a otro de bata blanca que usaba lentes de alta graduación. Sus ojos parecían los de un monstruo.

—Señor Bayet, ¿puede atender a estos dos visitantes?
—Desde luego.
—Quieren ver al manco que trajeron hace un rato. —Vengan conmigo— dijo el llamado Bayet, con voz tan fría como la atmósfera de la macabra sala.
Bayet tiró de un cajón.
Cora había tomado la mano de Paul y se la apretaba fuertemente.
Sí, allí estaba el manco.
Era un hombre de unos cuarenta y cinco años. En el cuello exhibía una enorme grieta. La sangre había dejado de manar y el corte de su herida tenía un tinte azulado.
—¿Es el hombre que buscan? —inquirió el empleado.
—No —contestó Paul Girard.
—Entonces, pueden estar tranquilos.
—¿Dónde encontraron a ese hombre?
—En un solar. Alguien que pasaba oyó un grito pidiendo auxilio… No se atrevió a socorrer a la víctima por miedo. Pero un poco más adelante vio a un agente y pidió su ayuda. ¿Están seguros de que no le conocen?
—Claro que no.
—Lo digo porque no se le encontró ninguna documentación, y si ustedes pudiesen aportar alguna noticia, la policía judicial se lo iba a agradecer.
—No, no podemos hacer nada. Gracias por todo.
Cora y Paul salieron del depósito de cadáveres.
—Cora, saca el contador.
La joven lo sacó del bolso. Seguía apuntando justo hacia la casa de donde acababan de salir.
—Se acabaron nuestras esperanzas —dijo la muchacha.
—No, no se acabaron.
—¿Qué es lo que quieres decir?
—Es bien sencillo. El contador tiene una llave a la izquierda, la que no tocaste. Comunica con un aislador. Si ahora le doy la vuelta, la aleación metálica del muerto dejará de ser controlada, y el contador, al ponerse en distinta longitud, podrá detectar a otro de los mancos… Bueno, esperemos que eso ocurra.
—¿Por qué no ha de ser así si se ha probado que tu invento es

bueno?

—Vamos allá —dijo Paul, e hizo girar la llave a la que se había referido.

Instantáneamente, la aguja bajó a cero.

Una vez más, los dos estaban mirando obsesivamente a aquella aguja.

De pronto, ésta empezó a subir.

—¡Paul, ya empieza a marcar…!

La aguja continuó subiendo y apuntó al nordeste.

—En marcha otra vez —dijo Paul.

El coche se alejó de la Morgue.

Al cabo de un rato, Cora dijo:

—Paul, estoy pensando en lo peor.

—¿Qué es lo peor?

—Tú ya lo sabes. Que sigamos descubriendo cadáveres… Es lo lógico después de haber encontrado el primero… Reichner se valió de los tres mancos para llevar a cabo el robo. Recibió la mercancía, y como los tres tipos ya no le servían, los liquidó.

—Sí, es posible. Y los ha tenido que matar por separado. El que vamos a buscar está en el Sena. Vamos justamente en esa dirección.

Cora dio un suspiro, decepcionada.

Efectivamente, poco después se encontraron al lado del Sena.

Junto a la orilla había varias barcazas.

Paul consultó el contador, mientras Cora le decía:

—Está claro, Paul. Otro de los mancos está ahí abajo, en lo más profundo de las aguas, porque habrán atado una piedra al cuello.

—Espérame aquí —dijo Paul, y bajó del auto.

Se fue acercando a la orilla, consultando de vez en cuando la aguja del contador.

Estaba esperando oír el zumbador que indicase hallarse a menos de veinticinco metros de la aleación metálica descubierta por el doctor Gottwald.

Se detuvo enfrentado al río, pero la aguja se volvió ligeramente hacia la izquierda. Se volvió hacia aquel lado y fue en aquel momento cuando sonó el zumbador.

La aguja marcaba directamente hacia una barcaza. La ventana de la cabina parecía iluminada.

Paul caminó hacia allí y pasó a la barcaza sin hacer ruido.

Se acercó a la cabina. Llegado junto a la ventana, se detuvo y asomó poco a poco la cabeza.

Sintió que el corazón le daba un vuelco.

Allí dentro, sentado, vio a un hombre. Tenía los brazos sobre la mesa, y el izquierdo estaba provisto de un artilugio mecánico que sustituía a la mano.

Capítulo XIII

Paul Girard abrió la puerta de la cabina y, para entonces, ya tenía la pistola en la mano.

El manco estaba leyendo un diario que tenía desplegado sobre la mesa y alzó los ojos. Tenía una sonrisa en los labios, pero al ver a Girard se quedó serio.

Paul entró en la cabina y cerró la puerta a su espalda.

El manco frisaba en los cuarenta años de edad y era de cabello negro con grandes entradas, nariz un poco torcida a la izquierda. Se cubría con un jersey muy grueso, negro, y una chaqueta de marino.

—Eh, ¿quién es usted? —preguntó.

—Paul Girard.

—Policía, ¿eh? Oiga, yo no he hecho nada… Sólo soy un marino que está en su barca descansando.

—Marino, ¿eh?

—¿No se me nota?

—No, no se le nota nada.

—Entonces no tiene ojos en la cara.

Paul avanzó hacia la mesa.

—¿Cuál es su nombre, amigo? —preguntó.

—Louis Janin…

—¿Dónde está su jefe?

—Mi patrón está enfermo… Se fue hace una semana a Marsella. Tiene allí una hermana. Mi patrón me dijo que permanecerá allí hasta que se le haya marchado la fiebre. Ya lo ve, me he quedado al cuidado de la barcaza…

—Una bonita fábula.

—Eh, no debe decir eso. No es una fábula. Es la verdad.

—Sé que no se llama Louis Janin, pero no me interrumpa ahora.

Le llamaré Janin por llamarle de alguna forma. Usted y otros dos hombres asaltaron el edificio de la Investigación Estratégica del Ejército Occidental.

—¿De qué está hablando?

—Usted sabe que no miento, que lo que digo es cierto…

—Usted debe estar loco.

—Oiga, Janin. Está vivo de milagro… Y no me refiero concretamente al trabajo que realizó con sus otros dos compañeros que eran también mancos, como usted…

Janin fue a meter la mano buena en el bolsillo.

—Estese quieto —le advirtió Paul.

—Sólo iba a sacar tabaco.

Paul sacó su paquete de cigarrillos y lo arrojó sobre la mesa.

—Ahí tiene. Fume.

—No acostumbro a fumar de esta clase. Me gusta la picadura.

—Claro. Como un buen marino.

—Pero haré una excepción, señor policía… Fumaré de los suyos…

Tomó un cigarrillo y lo encendió con la llama de un fósforo.

—Janin —dijo Paul—, uno de sus dos amigos fue asesinado.

—Le dije antes que no sabía de qué me hablaba. Admito que tengo muchos amigos. ¿A cuál de ellos asesinaron?

—A uno de los dos que le acompañaron en el asalto… Le rajaron el cuello con una navaja… Hace aproximadamente media hora lo vi en la Morgue. Está metido en un cajón, convertido en un bloque de hielo. Se lo cargaron esta noche.

Louis Janin dio una chupada al cigarrillo y dijo con voz indiferente:

—¿Qué tiene que ver eso conmigo?

—Es muy malo para usted que insista en esa actitud. ¿Es que no se da cuenta de que Reichner, su patrón va a prescindir de todos ustedes?

—¿Reichner?

—Sí, Otto Reichner. El hombre para quien realizaron el asalto.

—No conozco a ningún Otto Reichner. Ya le he dicho que mi patrón está en Marsella… Se llama Françoise Bonnet.

—Claro. Todo eso es obra de Reichner. Él lo preparó muy bien. Alquiló la barcaza de Françoise Bonnet y le mandó a Marsella de

vacaciones. Pero todo eso no le sirve ahora, Janin. Imagino que está esperando que llegue el momento de abandonar el país. Pero nunca va a salir de aquí. ¿Lo oye bien? Irá a parar a la Morgue, lo mismo que su compañero…

—No tengo nada que decirle, policía…

—No soy policía.

Janin enarcó las cejas.

—No, ¿eh?

—Mi nombre es Paul Girard.

—¿Y qué se propone, señor Girard?

—Recuperar lo que ustedes robaron de las cajas fuertes de la Investigación Estratégica, y para eso necesito su ayuda.

Louis Janin se echó a reír.

—Lo que dije. Usted está chiflado. —Levantó su mano mutilada y señaló a Paul—. Oiga, la ley no permite a un ciudadano amenazar a otro, y menos con una pistola. Si usted no es policía está quebrantando la ley. Le voy a dar un consejo. Lárguese de aquí.

—No, Janin. No me puedo largar. Hay muchas cosas en peligro… Y ahora estoy en el buen camino para impedir que ocurra la más grande catástrofe…

Paul se apartó de la mesa y apuntó a la pierna de Janin.

—¿Eh? ¿Qué va a hacer? —exclamó el hombre vestido de marino.

—Dispararle.

—No está hablando en serio.

Paul arqueó el dedo en el gatillo.

—¡Espere un momento!

—No puedo esperar, Janin. El tiempo está contra mí.

—Usted se ha equivocado de hombre.

—No, no me he equivocado. Sé que fueron tres mancos.

—Hay muchísimos mancos en París.

—Sí, eso es verdad, pero sólo tres de ellos gozan de un artilugio muy especial, de una aleación metálica de titanio, tulio, uranio y vanadio que descubrió un doctor checo llamado Karel Gottwald.

—Oiga, no soy un científico. Soy un marino.

—Deje de decir tonterías, Janin, o como quiera que se llame. Quiero saber dónde está Reichner, y salvarle a usted la vida. Pero si se empeña, yo mismo seré quien empiece a meterle balas en el

cuerpo.

—¡Espere! —dijo el manco.

—No puedo esperar ni un minuto más.

—Está bien. Le diré dónde está el doctor Reichner.

En aquel momento se abrió la puerta de golpe y una voz a espaldas de Paul dijo:

—Tire esa pistola. Rápido o le parto en dos.

Paul cerró los ojos y, después de soltar una corta maldición, los volvió a abrir.

Abrió la mano y dejó caer la pistola, que golpeó en el suelo.

El manco se echó a reír.

—Caramba, llegaste muy a tiempo, Máxime.

Paul volvió la cabeza y vio al hombre que le había cortado las alas. Era un tipo de mediana estatura, con cara de asesino. Se vestía lo mismo que Janin, como un marino, pero, probablemente, tampoco lo sería.

—¿Adónde fuistes, Máxime? —preguntó el manco.

—A tomar una copa.

—En tu ausencia tuvimos visita.

—Sí. Ya estoy viendo a nuestro visitante.

Paul pensó muy aprisa. Con toda seguridad, Cora habría visto llegar a Máxime y entonces ella habría ido en busca de la policía. Bueno, todo se podría arreglar si Cora se daba mucha prisa. Todo consistía en que él ganase tiempo.

—Hola, Máxime. Te echábamos de menos.

—¿De veras?

—Janin y yo te necesitábamos para jugar una partida de naipes.

—¿De qué tontería estás hablando?

El manco intervino:

—El muchacho se ha puesto nervioso, pero sabe muchas cosas.

—¿Qué sabe?

—Todo.

Máxime arrugó el entrecejo.

—Entonces va sé quién es. Se llama Paul Girard…

—¿Por qué no me hablaste de él, Máxime? —inquirió el manco.

—Tengo una respuesta para eso. Máxime no pudo decirte nada por la sencilla razón que no me conocía… Máxime ha dicho que fue a beber una copa, pero no le debes creer, Janin. Fue a telefonear a

vuestro jefe para informarle del momento en que te tiene que liquidar. Sí, Janin, está claro. Máxime es el nombre que debe acabar contigo. Y apuesto a que ya recibió instrucciones de la forma en que se debe desembarazar de ti.

Hubo un silencio.

Janin forzó una sonrisa mirando a su compañero.

—Eso no es verdad, ¿eh, Máxime? Sólo fuiste a beber una copa. Yo debo marcharme dentro de una hora, tal como se me informó… ¿No es así, Máxime…?

El rostro de Máxime parecía tallado en piedra. Al fin movió los labios y por entre ellos dijo:

—No hay viaje de regreso para ti, manco.

* * *

En la cara de Janin había aparecido una expresión estúpida.

—Máxime, no te entiendo. Estás de broma, ¿verdad? Dime que estás de broma…

—No.

—Debo marcharme, ¿recuerdas? Lo dijo el jefe. Debo regresar al punto de partida. Ya acabó todo. Mis compañeros y yo hicimos el trabajo para el que fuimos contratados…

Máxime metió la mano en el bolsillo y sacó algo que puso rápidamente en el cañón de la pistola. Era un silenciador.

—¿Qué haces, Máxime? —preguntó Janin, tragando saliva.

Paul Girard se preguntaba por qué no llegaba ya Cora con la policía. ¿En qué infiernos estaba pensando aquella muchacha? Sintió un escalofrío en la nuca al imaginar que ella no hubiese visto a Máxime, que estuviese en el coche esperando su regreso.

Janin dio dos pasos hacia Máxime.

—¡Maldita sea!… ¡No puede ser verdad!… ¡El jefe no puede matarme…!

—Lo siento, muchacho, pero no tengo nada personal contra ti. Yo obedezco órdenes.

—¡No puedes matarme!… ¡No puedes!… Yo me jugué el tipo. ¿Lo oyes bien Máxime? ¡Me jugué el tipo!

—No te hagas el héroe. Fue demasiado sencillo. Eso lo habría hecho cualquiera tal como fue planeado…

—Máxime, quiero hablar con el patrón.

—No puedes.

—¡Tengo que hablar!

Janin echó a andar rápidamente hacia la puerta.

Máxime apretó el gatillo y sonó un estampido suave. El manco se tambaleó retrocediendo unos pasos. Paul fue a saltar sobre Máxime, pero éste levantó la pistola.

—Quieto ahí. No te muevas.

Janin todavía no había caído, aunque mostraba un agujero en el pecho.

De pronto, lanzó un alarido y corrió hacia Máxime. Pero éste volvió a disparar y le detuvo.

Paul ya no pudo esperar más. A riesgo de recibir una bala, se dejó caer en el suelo y fue en busca de su pistola.

Máxime se echó a reír.

—Ésta para ti.

De pronto oyó una voz femenina en la puerta.

—¡No le mate!

Máxime, asustado, giró bruscamente.

Paul no se entretuvo ni un segundo en disparar. Lo hizo dos veces porque vio a Cora en peligro.

Máxime hizo fuego contra Cora, pero ya estaba tocado y su proyectil pegó en el marco de la puerta.

A continuación, Máxime dio un traspié y se derrumbó.

En la cabina de la barcaza se hizo un silencio.

—Estoy a punto de desmayarme —dijo Cora, apoyándose en la puerta.

—Espera un poco —dijo Girard acercándose a Louis Janin.

El manco todavía no había muerto.

—Janin —dijo Paul—. ¿Dónde está Reichner?

Janin abrió la boca y por ella soltó un chorro de sangre.

Paul le sostuvo la cabeza.

—Janin, es muy importante… Matarán también a tu otro compañero, si no lo han hecho ya… Reichner únicamente pensó en sí mismo… Pero yo te vengaré si me dices dónde puedo encontrar a esa víbora…

Los ojos de Louis Janin indicaron a Paul que le iba a responder acerca de lo que él quería, pero en ese momento exhaló el aire que

le quedaba en los pulmones y dobló la cabeza.

Paul se levantó. Sabía que Máxime había muerto instantáneamente porque la segunda bala se la había metido por el cogote, pero se cercioró.

—Vámonos, Cora. No hacemos nada aquí, y la policía llegará de un momento a otro si alguien ha oído los disparos.

Salieron de la barcaza.

A lo lejos oyeron voces.

—Date prisa, Cora.

Se metieron en el auto, y Paul Girard lo puso en marcha.

Poco a poco se fueron alejando de allí.

Cora dio un suspiro.

—Otra posibilidad que se desvanece.

—Queda la tercera pista.

—¿Y si el tercer manco estuviese ya muerto?

—Sí, podría ser, pero hemos de probar… Ya sabes el manejo del contador. Dale la vuelta a la derecha y cambia la longitud.

Cora hizo todo lo que era necesario.

—Ya está marcando la aguja grande —anunció—. Dirección noroeste.

Paul llevó el vehículo por donde señalaba la aguja.

De vez en cuando, Cora le corregía.

Estaban en las afueras de París, y corrían por una avenida flanqueada de abedules.

—Ahora a la derecha —dijo Cora—. Debe haber un camino.

—Sí, ya lo veo —contestó Paul.

Hizo girar el volante y metió el coche por un camino en que los árboles habían sido sustituidos por setos.

El camino trazaba una curva y, pasada ésta, vieron al fondo una casa rodeada de un parque.

Había dejado de nevar, pero el suelo estaba cubierto por un manto blanco.

Algunas ventanas de la casa aparecían iluminadas.

—Hay que detenerse aquí —dijo Paul, y metió el coche por un hueco del seto.

Apagó los faros y se volvió hacia Cora.

—Dame el contador.

—Esta vez quiero acompañarte.

—Ni pensarlo. Ya cometí un error al traerte, y te voy a dar una orden. Si no vuelvo en media hora, echa a correr… Tienes que prometérmelo.

—De acuerdo.

—No pienses ir a la casa. Estoy seguro de que esta vez no serviría de nada tu ayuda.

—Descuida. Me iré.

Paul se inclinó sobre ella y la besó en los labios.

—Eres una chica encantadora.

Tras esas palabras, Paul saltó del auto.

Caminó agachado junto al seto hacia la casa.

El zumbador se puso en marcha. Una vez más, el aparato por él construido daba la señal de que se encontraba muy cerca de la aleación metálica descubierta por el doctor Gottwald.

CAPÍTULO XIV

Otto Reichner trisaba en los cuarenta y cinco años de edad, y era alto, fornido. Su cara denotaba energía, lo cual expresaba perfectamente en sus ojos llameantes.

Estaba sentado en un sofá y tenía entre sus brazos a una mujer de cabellos muy negros, hermosa.

—Querido, ¿cuándo vas a terminar el negocio?

—Ya falta poco.

—Estoy deseando tomar ese avión que nos va a conducir a Hong-Kong…
Siempre me ha gustado el Oriente. Tiene algo especial… ¿Sabes que una vez estuve en Tokio?

—No, no lo sabía.

—Pero sólo estuve dos días. Entonces yo era enfermera… Fui con un grupo que envió las Naciones Unidas. No tuve la suerte de quedarme. Enseguida me trasladaron a Australia, a Sídney. Tokio era mucho más bonita que Sídney. Después de todo, Sídney es como estar en una ciudad de Europa.

—Pasaremos un par de semanas en Hong-Kong.

—¿Y luego?

—Luego el mundo será nuestro —dijo Otto Reichner, y besó a la joven en los labios.

En aquel momento, uno de los teléfonos que había sobre una historiada mesa se puso a sonar.

—Déjame, Tania. Voy a atender esa llamada.

Otto se dirigió a la mesa y atrapó el auricular.

—¿Sí? Te escucho, Eduard… ¿Qué estás diciendo? ¡Eso es imposible!… ¡Eduard, ven inmediatamente para acá…!

Otto colgó con rabia.

—¿Malas noticias?

—Sí, muy malas.

—¿Qué pasó?

—Paul Girard.

—¿Ese colega tuyo?

—Sí. Ese estúpido continúa enredando, a pesar de la advertencia que le hice. Fue a la barcaza en donde estaba uno de nuestros mancos.

Tania se irguió en el sofá.

—No me digas que ha caído en manos de Paul Girard…

—Por fortuna no llegó a ocurrir eso. Pero está muerto, tan muerto como Máxime.

—Entonces, ¿qué te preocupa? Máxime cumplió con tu encargo.

—Sí, pero Girard mató a Máxime… Y quizá antes le sonsacó.

—Pero ¿qué pudo sonsacarle? ¿Acaso conocían Máxime o el manco tu refugio?

—No, claro que no. —Otto sonrió—. Tienes razón. No debo preocuparme.

—Ven aquí, querido.

Reichner volvió al sofá, junto a la hermosa y atractiva Tania.

—¿Cuándo te traerán el dinero, Otto?

Reichner consultó su reloj y dijo:

—En media hora estarán aquí.

—¿Te das cuenta? Vamos a ser millonarios en treinta minutos…

En aquel momento llamaron a la puerta y Otto se apartó.

—Adelante.

Entró en la estancia un hombre que se cubría con un traje oscuro. Su brazo derecho estaba provisto de un aparato metálico.

—Señor Reichner, no quiero esperar más.

—¿Qué te pasa, Luke?

—Yo se lo diré, señor Reichner, cumplí mi misión. ¿Por qué me hace perder tiempo? Quiero volver a mi país cuanto antes. Eso fue lo acordado.

—Estás demasiado nervioso.

—Claro que estoy nervioso. Hice un buen trabajo, lo mismo que mis otros dos compañeros. Dijo que nos pagaría enseguida. ¿Y qué se le ocurrió? Mandarnos a cada uno a un sitio.

—Tenía que hacerlo para que no os siguiesen la pista.

—Oiga, el golpe fue perfecto. No había necesidad de que nos separásemos.

—¿Quién es el jefe, Luke?

—Usted, señor Reichner.

—Entonces, eso acaba con la discusión.

—Sólo se acabará si usted me paga. Me iré y usted continuará celebrando su éxito con la morena.

Tania se desperezó.

—¿Tienes celos, Luke?

—No, no tengo celos. Usted no es mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo?

—Una rubia un poco más alta que usted que responde al nombre de Brigitte.

—¿Y dónde te espera?

—No es asunto suyo.

Luke dio unos pasos por la estancia hacia Reichner.

—Señor Reichner, págueme.

—Está bien. Te pagaré ahora mismo y podrás marcharte.

Otto se levantó y fue hacia la mesa. Abrió un cajón y metió la mano en su interior.

—Espere un momento —exclamó Luke.

Otto levantó los ojos y vio que Luke esgrimía una pistola con la mano buena.

—¿Qué te pasa, Luke?

—Me pasa que no me fío de nadie.

—¿De mí tampoco?

—De usted menos que de ninguno…

Luke se dirigió hacia la mesa y miró el cajón donde Reichner había metido la mano.

La tenía encima de una pistola.

—Vaya, ése era el pago. —¿Eh, señor Reichner?

—No, te equivocas. La caja está dentro.

—Está bien. Saque la caja sin tocar la pistola.

Reichner apartó la mano del arma y profundizó más en el cajón.

—Caramba —dijo sacando la mano—. No está aquí.

—Ya lo suponía —repuso el manco con sarcasmo.

Otto frunció las cejas.

—Luke, no me gusta que hables así.

—Me iba a pagar con plomo, Reichner, y eso demuestra que es el canalla más grande que existe sobre el mapa de Europa.

—Tranquilízate. A nada conduce ponerse nervioso.

—Empiezo a preguntarme qué ha hecho con mis compañeros.

—Nada. Ellos están seguros. Tan seguros como tú.

—No le creó una palabra.

—Luke, sería conveniente que dejases de pensar por tu cuenta.

—Todo lo contrario. Estoy pensando mucho por mi cuenta, desde hace rato, desde que usted dijo que mis compañeros y yo teníamos que esperar algún tiempo hasta que el asunto se enfriase. Y yo veo así las cosas… Usted nos enroló para que le sacásemos las castañas del fuego… Los tres matamos a distintas personas para ocupar su lugar… Nos dio un buen adelanto para que aceptásemos, pero ahora se quiere ahorrar el segundo pago, el más grande, y por otra parte, liquidándonos no dejará el menor rastro… Hace el gran negocio. Se ahorra dinero y, a su juicio, vivirá tranquilo el resto de su vida.

—Tienes demasiada imaginación, Luke.

—He dado en el clavo.

—No, Luke. Te equivocas.

—Dígame dónde están Bill y Ernest.

—Te he dicho que ya emprendieron el regreso.

—¿Por qué no lo emprendí yo?

—La respuesta es muy sencilla. Yo organicé el plan teniendo en cuenta todos los detalles. No hubo ningún contratiempo. Vosotros cometisteis el asalto en el edificio de la Investigación Estratégica, como si hubieseis asaltado una estación de servicio en pleno desierto… ¿Quién os detuvo? ¿Qué peligro corristeis? ¿Os persiguió alguien? No, Luke. Todo salió perfecto porque salió de mi cabeza —al tiempo que decía eso, Otto se golpeó la frente—. Y la segunda parte del plan, la fuga, la establecí de una forma escalonada. No podía consentir que los tres empezaseis a correr como conejos que se desmandan cuando oyen el primer disparo. Cada uno debía salir para su punto de origen en un momento determinado. Primero fue Bill, luego Ernest, y ahora te toca a ti… Fue así como yo lo planeé y sólo gracias a eso podremos contarlo.

Ante aquella avalancha de palabras, Luke demostró que ya no

estaba tan seguro como antes.

—Está bien, Reichner. Me ha convencido.

—Gracias, muchacho.

—Deme ahora el dinero y me iré enseguida.

—El dinero está en el otro cajón. Me había confundido.

Otto abrió el cajón de la parte izquierda de la mesa. Metió la mano allí y, al sacarla, hizo tres disparos con la pistola que manejaba.

CAPÍTULO XV

Luke retrocedió muy rápidamente mientras recibía los impactos.

Fueron demasiado seguidos y no pudo reaccionar.

Tropezó con el diván en que estaba sentada Tania y ésta lanzó un grito porque Luke le iba a caer encima.

Sin embargo, logró apartarse a tiempo y Luke sólo le rozó el nombro y por fin cayó sobre la alfombra.

Luke se movió ligeramente y dijo entre dientes:

—Maldito seas, Reichner…

Luego dobló la cabeza.

—¿Está muerto? —preguntó Reichner desde la mesa.

—Creo que no le queda ni un átomo de vida.

—Ese estúpido pensó que iba a permitir que escapase para que me estuviese chantajeando mientras quisiese… No comprendo cómo hay hombres tan simples.

—Querido, ¿no puedes apartar este cadáver de aquí?

—Sí, ahora mismo lo llevaré al sótano.

—¿Qué vas a hacer con él?

—Cavaré una fosa.

Otto dejó la pistola en la mesa y caminó hacia el lugar en donde había quedado tendido Luke.

En ese instante se abrió la puerta y Paul Girard entró en la habitación con su pistola en la mano.

—¿Se puede? —dijo.

Otto ya se había agachado sobre Luke y lo había atrapado por debajo de las axilas para cargarlo a la espalda.

Alzó los ojos y, al ver a Girard, su rostro se demudó.

La bonita Tania tenía las cejas enarcadas y la boca abierta.

—¿Le conoces, Otto?

—Sí, bastante.

—¿Quién es?

—Paul Girard.

—Caramba, señor Girard, parece que es usted inevitable.

—Gracias. Eso también lo debió pensar Reichner.

Otto dejó caer los brazos del muerto y se incorporó resoplando.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí, Girard?

Paul sacó del bolsillo su detector y lo arrojó hacia Reichner, el cual lo atrapó en el aire.

—¿Qué es esto?

—Obsérvelo. Usted es un científico. Creo que no necesito darle una explicación.

Reichner examinó el objeto que tenía entre las manos y lanzó un grito de sorpresa.

—Un detector de la aleación metálica que sirvió para fabricar el artilugio del manco.

—Así es.

Reichner sonrió mientras miraba el rostro de Paul.

—Le felicito, Girard. ¿Cuánto tiempo tardó en fabricar eso?

—Ocho horas.

—¿Ocho horas? No lo puedo creer.

—Me importa un rábano que lo crea o lo deje de creer. No es de ese detector de lo que vine a hablar. ¿Dónde están los documentos?

Reichner dio un suspiro.

—Me temo que sus esfuerzos no han servido para nada, Paul. Es una pena —así diciendo arrojó el detector al suelo—. Los documentos ya no están aquí.

—¿Y dónde están?

—Volaron.

—Hacia el cielo, ¿eh?

—No, Girard. Volaron hacia un lugar de la tierra.

—¿Qué lugar?

—Una isla en el Océano Pacífico. Paul se echó a reír.

—Reichner, los tipos como usted resultan graciosos.

—Lo celebro mucho. Es mucho más divertida la derrota cuando está acompañada de risas.

—Lo que quiero decir es que sé perfectamente que tiene en su poder los Altos Secretos Militares de la Investigación Estratégica.

—¿Cómo lo sabe?

—Por la sencilla razón de que, si no los tuviese en su poder, usted no estaría aún aquí. Habría volado de París con esa morena tan seductora.

Tania levantó una mano y dijo con una sonrisa:

—Es usted un chico con mucha vista.

Otto rezongó:

—Tú a callar, Tania.

Paul puso el dedo en el gatillo.

—Reichner, no voy a esperar mucho…

—Le repito que los documentos no están aquí.

—Qué lástima. Creí que le gustaría, pero ya que están las cosas así, acabaré con usted y luego me arreglaré con la morena.

—No dispare.

—¿Decía algo acerca de los papeles?

—Se los daré.

—Así está mucho mejor —sonrió Paul.

Otto Reichner dio la vuelta y se dirigió hacia la mesa.

—Párese ahí, Reichner.

—Voy por los documentos.

—Claro, y me dará el pago que les dio a los tres mancos…

—¿Qué sabe de ellos?

—Vi a uno de ellos muerto en la Morgue. Al segundo lo mataron en mi presencia, en la barcaza del Sena…

—Oiga, Girard. Estaba pensando…

—Deje de pensar y deme los papeles del botín.

—Le voy a pagar en dólares si se pasa a mi bando, Girard… ¿Qué le parece medio millón de dólares?

—Una cantidad muy sustanciosa.

—Es suyo el medio millón si trabaja para mí.

—No hay acuerdo. Recuerde, mi dedo está a punto de apretar el gatillo. Además, la morena y yo no tardaremos en llegar a un acuerdo.

—Usted gana…

Reichner continuó su camino hacia la mesa.

—Ahí no, Reichner. Estoy seguro de que los habrá metido en la caja de caudales, y apuesto doble contra sencillo a que la caja de caudales está detrás del cuadro que hay en la pared, el de caza.

—No. Están en la mesa.

—Quite el cuadro.

Otto se dirigió hacia la pared y quitó el cuadro en que se reflejaba una escena de caza, un jabalí perseguido por unos perros, y con un fondo de cazadores montados a caballo.

Paul acertó. Detrás del cuadro estaba la caja de caudales.

Tania soltó una risita.

—A usted no se le escapa nada, señor Girard.

Reichner exclamó fuera de sí:

—¡Estúpida, te dije que cerrases el pico!

—Otto —dijo Paul—, abra esa caja, pero aprisa… Me está haciendo perder demasiado tiempo…

Reichner movió el dial haciendo la combinación, y luego tiró de la puerta, pero ésta no se abrió.

—Caramba, deben haber cambiado la clave.

—Voy a contar dos segundos, sólo dos, Reichner, y haré fuego.

—¡Espere!

Reichner movió otra vez el dial. Ahora se oyó un chasquido y la caja empotrada quedó abierta.

—Ahora escuche mis instrucciones, Reichner —dijo Paul—. Meterá las manos ahí dentro y sacará los documentos. Pero no debe volverse, ha de levantar las manos para que yo vea perfectamente lo que tiene en ellas… Si gira una pulgada hacia mí, le juro que lo baleo…

Otto estaba sudando mucho.

Metió las manos y las levantó. En una de ellas tenía un sobre.

—Arrójelo sobre la mesa sin volverse —le ordenó Paul.

Otto obedeció y volvió a meter la mano en la caja. Sacó otro sobre que arrojó sobre la mesa.

—Más aprisa, Reichner —le apremió Paul.

Otto sacó los otros dos sobres y dijo:

—¿Puedo volverme ya?

—Sí, desde luego. Pero manténgase quietecito.

Ahora la cara de Otto estaba muy brillante, porque ríos de sudor corrían por ella. Apretó contra su pecho los dos sobres que conservaba y dijo:

—Girard, éste es el mejor negocio de su vida. No lo desaproveche. Sería estúpido por su parte hacer el héroe y

desperdiciar la oportunidad de disfrutar de todos los placeres de la vida.

—Es usted un sapo, Reichner. Ha traicionado a sus semejantes, ha matado, ha asesinado, y ahora me quiere tener como cómplice. No, Reichner, usted se queda solo porque tiene que pagar el mal que ha hecho.

—Le doblo la cantidad.

—Un millón de dólares, ¿eh?

—Eso es. Un millón de dólares para usted…

—No daría mi consentimiento ni aunque me ofreciese todo lo que usted va a cobrar, Reichner. Usted merece la muerte y es lo que va a tener. Se lo aseguro.

En aquel momento se oyó un grito femenino.

Paul no tuvo duda de que se trataba de Cora.

Dio un salto para quedar lejos de la puerta. Ésta se abrió de golpe y Paul vio en el hueco a Cora, la cual servía de escudo al hombre que la había capturado.

—¡Suéltela! —gritó Paul.

Sin embargo, el tipo que se escondía tras de Cora apoyó el cañón de su pistola en la cabeza de la joven y dijo:

—Claro que la soltaré. Cuando le haya vaciado la cabeza, y es lo que voy a hacer ahora mismo si no deja caer su pistola al suelo…

Paul permaneció inmóvil.

Otto Reichner dejó oír una risita.

—Jacques, mátala si Girard vacila.

Paul arrojó la pistola al suelo.

—No hace falta.

La joven gritó:

—¡No has debido hacer eso, Paul! ¡Debiste disparar contra ellos…!

Tania, la morena, dijo desde el sofá:

—Eso dice mucho en tu favor, princesa. El muchacho está loquito por ti, y ha preferido dejar la pistola a que Jacques te afease mucho.

Jacques dio un empellón a Cora, introduciéndola en la habitación.

La joven fue a parar junto a Paul, el cual la sujetó entre sus brazos.

Entonces ella dijo:

—Paul, ¿es que no te has dado cuenta de que nos matarán de todas formas?

* * *

Reichner lanzó una carcajada.

—Girard, te lo dije por teléfono. No debiste enredar… Nadie podía estropearme un negocio que pensé tan minuciosamente.

—No te saldrás con la tuya, sapo.

Otto sacó su pañuelo con el que se enjugó el sudor. Luego dijo, señalando a Paul:

—Ya has dejado de molestar, Girard. Ahora acabaré contigo. Eres menos inteligente de lo que tú crees… La chica ha dicho la verdad. No hay salvación para ninguno de vosotros.

—Tú eres el más tonto de nosotros dos, Reichner. ¿Por qué crees que he tirado la pistola?

—Para que ella no muriese inmediatamente.

—Hay algo más.

—No, no hay nada más. Sólo tus sentimientos hacia ella son los que te han impedido apretar el gatillo. Instintivamente has querido salvarla, y por eso te desembarazaste del arma…

—Te voy a demostrar que cometes un nuevo error. El primero fue organizar el asalto.

—¿Y cuál es el segundo?

—Antes de venir aquí me aseguré bien de que no habría escapatoria para ti, Reichner.

—¿Y qué hiciste?

—Avisé al jefe de los Servicios de Vigilancia de la Investigación Estratégica, Guy Courtial.

—¿De veras?

—Sí, Guy Courtial estará aquí dentro de unos minutos. Y no vendrá solo. Le acompañarán una docena de sus hombres. Puedes hacer con nosotros lo que quieras, puedes matarnos, pero no tardarás mucho en seguirnos.

Reichner rió estruendosamente.

—Eso fue lo más bueno que dijiste desde que llegaste aquí, Girard.

En aquel momento se oyeron pasos fuera de la estancia.

Jacques se apartó a un lado.

En el salón entró el hombre a que justamente se había referido Paul Girard, el mismísimo Guy Courtial.

No venía solo. Tras él aparecieron dos hombres vestidos de soldados que manejaban metralleta.

Cora exclamó:

—¡Señor Courtial, por fin ha llegado!… ¡Detenga al señor Reichner! Es el organizador del asalto… Paul le atrapó gracias a un invento que hizo. Pero yo fui la culpable de que las cosas cambiasen y…

Paul la interrumpió:

—Cora, no te canses.

Guy Courtial estaba inmóvil, igual que los soldados.

—¿Qué pasa, señor Courtial? —preguntó Cora.

Fue Paul quien respondió nuevamente:

—Yo te lo puedo decir, Cora… Guy Courtial está de parte de esos canallas. Es más, me atrevería a decir que Guy Courtial es el supremo jefe de esta pandilla.

Guy Courtial esbozó una sonrisa.

—Tengo que felicitarle, señor Girard…

—¿Lo dice de corazón, señor Courtial?

—Sí. Ha probado ser usted un hombre muy astuto y sobre todo peligroso… Además, posee unas cualidades científicas innegables… Su sistema de seguridad es perfecto. Si los Altos Secretos Militares de la Investigación Estratégica hubiesen sido guardados de acuerdo con sus instrucciones, nunca habrían podido ser robados.

—Muy amable.

—Por fortuna, sus planes llegaron demasiado tarde. Cora exclamó:

—¡Señor Courtial, no puede ser cierto!… ¡Usted no puede estar con ellos!

—Querida Cora, la vida es la que marca en qué lugar debemos estar.

—Pero usted es un alto jefe de la junta que preside el general Duhamel. Usted no puede traicionar a sus compañeros, a su país.

Guy Courtial dio un suspiro.

—No, yo no traiciono a nadie, puesto que voy a hacer un bien a

mis compatriotas y a toda la población de Europa…

—Oh, sí, claro —dijo Paul—. Usted va a organizar a la población europea. Los pondrá en fila y los pelará al cero. ¿También les regalará pastelillos?

—No me decepcione, señor Girard. Eso no tiene ninguna gracia… Yo soy el creador de un orden nuevo.

—¿Otro?

—El verdadero.

—¿Qué entiende por orden nuevo y verdadero? —No tengo tiempo para darle explicaciones, señor Girard.

—Yo sí tengo mucho.

—Lo dudo.

—¿Qué va a hacer, señor Courtial?

—Terminar lo que empecé.

—Ya acabó con los tres hombres mancos.

—Ahora les toca a ustedes.

—¿Puedo preguntarle si ya ha acabado con el general Duhamel?

—Eso habría sido absurdo por mi parte. De momento no necesito matar al general Duhamel. He logrado mis propósitos sin ningún impedimento. Bueno, a decir verdad, usted ha sido el único obstáculo serio. Pero ya lo ve. También le voy a apartar de mi camino.

—Mis felicitaciones.

—Soldados —dijo Guy Courtial—, llévenselos al sótano y acaben con ellos.

—A la orden —dijo el más alto de los soldados, y el y su compañero levantaron las metralletas.

Tania se puso en pie. Había sacado una pistola de su bolso, aunque nadie se dio cuenta. Estaba apuntando al señor Courtial.

—Me llegó el turno —dijo.

Reichner gritó:

—Tania, ¿qué es lo que haces?

—Ya lo ves. Estoy amenazando al señor Courtial, y apuesto a que desde aquí le vuelo la cabeza. Mi pistola arroja obuses de gran tamaño. Una vez decapité a un toro, y creo que el señor Courtial tiene el cuello mucho más pequeño que un toro.

Paul se puso a aplaudir.

—¡Bravo, Tania! Estás con nosotros.

—No, Paul, tampoco estoy con vosotros. Yo juego en mi equipo y no es el de ninguno de vosotros.

Reichner hizo rechinar los dientes.

—¡Tania, te voy a romper la nuca!

—Tú no vas a romper ya nada —dijo Tania, y moviendo la pistola hizo un disparo.

Otto Reichner recibió un plomo en medio del pecho.

Eso le produjo un gran asombro, tanto que dejó de sudar. Se tambaleó y cayó en el suelo.

Con aquel acto, Tania demostró que estaba hablando muy en serio.

—Cora, acércate a la mesa y coge los cuatro sobres —ordenó.

—Sí, ahora mismo.

Courtial dejó oír su voz llena de ira.

—Tania, no consentiré que me hagas esa jugada.

—Tú vas a consentir muchas cosas, Courtial. Por ejemplo, que me aproveche de tu maravilloso plan para asaltar el edificio de la Investigación Estratégica. Y vas a permitir que también me lleve tu espléndido botín.

—¡No, maldita sea! ¡Tú no harás tal cosa!

Cora ya había recogido los cuatro sobres y empezó a acercarse a Tania.

—¿Para quién trabajas, Tania? —preguntó Guy Courtial.

—Para el que paga mejor.

—Yo te pagaré mejor.

—No, no hay acuerdo.

—Te pagaré lo mismo que tu patrón.

—No, Guy. Sé lo que me pasaría si aceptase tu oferta. Querrías vengarte en cualquier momento. Me liquidarías y yo quiero seguir viviendo, ahora que voy a tener todo lo que deseé.

De pronto, uno de los soldados levantó la metralleta. Tania disparó sobre él partiéndolo en dos.

Cora echó a correr con los sobres para salir de la habitación.

Paul atrapó a Guy Courtial por el cuello y tiró de él para que le sirviese de escudo.

El otro soldado lanzó una ráfaga contra Tania, porque ésta había quedado un poco sorprendida y la morena se desplomó con mucho plomo en su hermoso cuerpo.

Cora ya había salido de la habitación y ahora Paul pegó un empellón a Guy Courtial mandándolo contra el soldado que quedaba vivo. A continuación, salió por el hueco. Cerró la puerta y echó a correr tras de Cora.

—¡Deprisa, Paul, deprisa, antes de que nos cacen!

Salieron de la casa y corrieron por la nieve hacia donde habían dejado el coche.

CAPÍTULO XVI

Cora y Paul se arrojaron al suelo y rodaron por la nieve.

Entonces sonó una ráfaga.

Las balas pespuntearon el manto blanco.

Cora dio un chillido.

—¿Estás herida?

—No, fue el susto.

—Hemos de llegar al auto.

De nuevo echaron a correr.

Ahora no dispararon, quizá porque el hombre que manejaba la metralleta quería asegurarse de la efectividad de su puntería.

Entraron en el auto en el momento en que oyeron unas palabras por un altavoz.

—No van a escapar…

Paul se puso ante el volante y Cora se sentó a su lado.

—Date prisa, Paul.

Desde la casa les llegó otra ráfaga, y los proyectiles picotearon en la carrocería del coche.

—¡Al suelo, Cora! —gritó Paul.

El automóvil estaba retrocediendo y pasó por el hueco que había entre los setos.

—¡Lo conseguí! —gritó Paul.

El coche echó a correr por el camino que habían llegado hasta la casa.

Cora se levantó y miró por la ventanilla trasera.

—¡Paul, nos siguen…! ¡Esos dos coches…!

Paul apretó el acelerador y el vehículo pegó un salto aumentando su carrera.

Al llegar a la carretera principal, Paul tuvo que reducir aquella

velocidad. A pesar de ello, el coche estuvo a punto de volcar.

Las ruedas patinaron sobre el resbaladizo piso, pero, finalmente, Paul se logró adueñar del coche, y pudieron continuar la huida hacia París.

—Paul, párate en cuanto veas un agente.

—Sólo me pararé si veo a una docena de agentes. Con uno no tendríamos bastante para defendernos… Guy Courtial se juega mucho y estará dispuesto a todo.

—¡Ya están ahí! —dijo Cora viendo aparecer los dos coches perseguidores por la curva.

—A ver si vuelca uno de ellos —dijo Paul.

—Lo siento, pero los dos siguen tras de nosotros… —le anunció Cora.

—Hay días de mala suerte.

—No debes quejarte. Has conseguido lo que querías. Tienes en tu poder los documentos.

—Oh, sí, tengo los documentos en mi poder. Pero la pregunta es: «¿Por cuánto tiempo?».

Sonó un tableteo.

—Eh, Paul, están disparando otra vez… Esa gente no respeta nada…

Girard rió nerviosamente mientras miraba enfebrecido la pista por la que el coche avanzaba como un bólido.

—Es la última oportunidad de Guy Courtial, pero no podrá con nosotros…

Fue la última ráfaga porque ya no volvieron a oír otro disparo.

—Paul, parece que han desistido.

Poco después entraban en París, y se sumergieron en la circulación.

—¿Y si acudiésemos a la policía? —sugirió Cora.

—Prefiero el edificio de las Investigaciones Estratégicas. Recuerdo que el general Duhamel dijo que estaría en sesión permanente.

—Buena idea, Paul. Seguro que lo encontraremos allí.

Llegaron a la playa de estacionamiento y saltaron del auto.

Paul tomó del brazo a Cora, la cual conservaba los valiosos sobres.

El soldado que estaba de guardia a la entrada del edificio, hizo

un saludo porque reconoció a la joven.

—Es una suerte ser mayor del Ejército —dijo Paul—. ¿Cómo se te ocurrió seguir la carrera de las armas?

—Pertenezco a los Servicios Auxiliares. Pero también tenemos nuestra graduación.

—Y tú conseguiste el ascenso a mayor porque eres la más mona de todas —dijo Paul, y la besó en la comisura de la boca cuando ya se encontraban en el vestíbulo.

Se introdujeron en un ascensor que los dejó en la planta correspondiente.

En el corredor observaron mucho movimiento de soldados.

Siguieron el mismo camino que Paul ya había hecho con anterioridad, subiendo y bajando ascensores.

Al fin se precipitaron en la sala de consejos.

—¡General Duhamel! —exclamó Cora—. ¡Lo hemos conseguido!

Se detuvo y Paul frenó a su lado.

Sentado ante la redonda mesa de la sala de consejos sólo había un hombre y éste era Guy Courtial.

El jefe de los Servicios de Vigilancia sonrió.

—¿Qué tal está, mayor…? ¿Hizo un buen viaje, señor Girard?

—¿Dónde está el general Duhamel? —preguntó Paul.

—No se encuentra aquí en estos momentos… Yo llegué hace un rato y le dije que podía irse a cenar. El pobre está muy preocupado porque no tiene la menor pista del lugar donde puedan estar los documentos robados…

Paul echó a andar hacia Courtial.

—Lo voy a estrangular yo mismo, y el Estado no tendrá que pagar a ningún verdugo para acabar con su sucia vida.

Courtial hizo chascar los dedos y por detrás de él, de la zona oscura, aparecieron dos hombres que portaban metralletas.

Paul se detuvo porque supo que, si daba un paso más, lo convertirían en un colador.

Guy se puso en pie.

—Mayor McKenna, ¿me da usted los sobres?

—¡No se los daré! —exclamó Cora apretando los sobres contra su pecho.

—No se preocupe. Los devolveré a su lugar.

—¿Usted los devolverá, señor Courtial?

—Sí, claro. Irán a parar a las cajas fuertes.

—No le creó una palabra.

Paul inspiró profundamente y alargó la mano hacia Cora.

—Dame los sobres, mayor.

Sólo estaba haciendo aquel gesto para engañar a Courtial. Saltó sobre él.

Tuvo gran éxito en su caída, ya que arrastró consigo a Guy Courtial.

También derribaron dos sillas, y el alto jerarca y el joven inventor rodaron por el suelo.

Los dos soldados bailotearon porque no podían disparar por temor de herir a su jefe.

Cora saltó hacia la puerta y, llevando aire a sus pulmones, soltó un largo aullido.

El general Duhamel se precipitó en la estancia seguido por un oficial que manejaba una pistola.

—¡Alto! —gritó Duhamel.

Los soldados se volvieron hacia los recién llegados y el oficial disparó sin pestañear.

Uno de los soldados se abatió herido de muerte y el otro dejó caer la metralleta.

Paul había logrado quedar encima de Guy Courtial, a quien propinó un puñetazo en la mandíbula dejándolo sin conocimiento.

—¡General Duhamel! —exclamó Cora casi sin respirar—. ¡Es él, Courtial, el que lo organizó todo!

—Ya lo sé. Lo oí todo por un micrófono que está en comunicación con la sala… Courtial insistió mucho en que me fuese a cenar y que él ocuparía mi lugar cuando yo le había dicho que no me movería de aquí por ningún concepto…

Cora le alargó los sobres.

—General Duhamel, aquí tiene los documentos, pero ya puede estar seguro de que los ha recuperado gracias a Girard.

Paul se levantó y dijo masajeándose el mentón:

—Ella también tiene parte en la recuperación.

—Señor Girard —dijo Duhamel—. Todos nosotros le estamos muy agradecidos, y le daré la mayor prueba de ello. Mañana aprobaremos su sistema de seguridad.

—Demonios, me va a hacer usted millonario… Con su permiso,

general, le voy a quitar a su mayor.

—Permiso concedido —dijo Duhamel.

Paul tomó a la joven del brazo y tiró de ella.

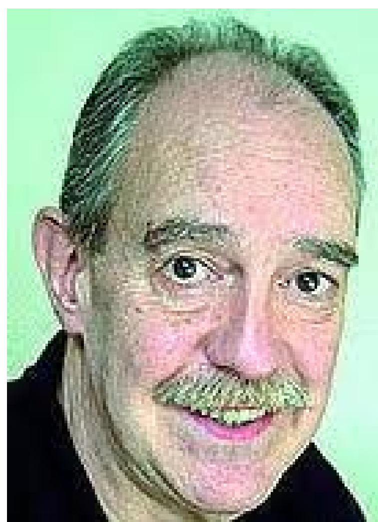
Salieron de la sala de consejo y entonces ella se detuvo y dijo:

—Paul, olvidaste una promesa. Recuerda, tenía hambre y me invitaste a cenar.

Paul se echó a reír y, abarcándola por la cintura, la apretó contra sí.

—Trato hecho, mayor —y la besó en la boca.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).